EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Jaan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las floresi de Don Juan.
Las apariencias.
Las gueras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carida
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alcg
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL ABOGADO DE POBRES.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elabogadodepobre00bret_0

EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el teatro del Circo en 26 de Enero de 1866.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

715597

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA.....	Doña Matilde Díez.
CATUJA.....	Doña Adelaida Zapatero.
DON RAMIRO.....	Don Manuel Catalina.
DON GABRIEL.....	Don Francisco Oltra.
EL MARQUÉS.....	Don Juan Catalina.
DON FULGENCIO.....	Don Juan Casañer.
CRIADO.....	Don Joaquin Vidales.

Madrid, en casa de D. Gabriel. Sala con tres puertas: en el centro la mas cercana á la escalera; á la derecha la que guia á las habitaciones de D. Gabriel y Carolina; á la izquierda la que conduce á las que ocupa D. Ramiro. Se supone que ambos departamentos tienen comunicacion interior con otras habitaciones.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL. D. RAMIRO.

Don Gabriel, vestido para salir de casa, sale de las habitaciones de la derecha dirigiéndose á la puerta del foro, y al mismo tiempo viene de la calle D. Ramiro.

RAMIRO. Ah! va usted á salir...
GABRIEL. Sí. Quieres algo?
RAMIRO. Recomendar á usted... Mas no hay urgencia.
Cuando usted vuelva le diré...
GABRIEL. Al momento.
(Dejando el sombrero en una silla.)
De cuanto soy, Ramiro, y cuanto valgo
eres dueño: lo sabes.
(Sentándose en una butaca.) Toma asiento.
(Se sienta en otra butaca D. Ramiro, dejando también sobre un mueble el sombrero.)
Para tí todas son horas de audiencia;
ó por mejor decir, no lo es ninguna.
Cuando tanta es la cáfila importuna
que sin cesar me hostiga
pidiéndome destinos—qué fatiga!,
tú, siendo mi sobrino, y tan amado,
nada exiges, á nadie recomiendas,
y hasta parece que huyes de mi lado.
¿Posible es que tan caro te me vendas!

RAMIRO. Venero como á un padre á mi buen tio;
pero á usted en su puesto, á mí en el mio,
á usted en su dorado gabinete ..
GABRIEL. Donde no hay tregua á mi mortal zozobra...
RAMIRO. Y á mí en la oscuridad de mi bufete,
el tiempo, caro tio, no nos sobra.
Ahora bien, ya que usted me oye benigno,
yo, no invocando la amistad y el deudo;
que sólo á la justicia pago feudo,
por un hombre intercedo, que es muy digno...
GABRIEL. Sin duda lo será, pues tú le apoyas.
RAMIRO. Ajeno á las pandillas y tramoyas
que hacen de España un campo de Agramante,
fiel empleado, inteligente, asíduo,
pero no lisonjero ni intrigante,
sobre su frente dió palo de ciego
un jefe improvisado,
gran repúblico, oh! sí y hombre de estado,
aunque en el ramo que administra es lego.
GABRIEL. Quizá por ser moderno quedó fuera...
RAMIRO. No, que cuenta veinte años de carrera;
mas la patria exigia una vacante,
á fin de dar lugar en la plantilla
á cierto redactor de gacetilla,
y el director flamante
de una plumada le dejó cesante.
GABRIEL. Todos quieren vivir del presupuesto!
Cáncer es este universal, funesto,
que al fin...
RAMIRO. Es padre de seis hijos...
GABRIEL. Quién?
El agraciado?
RAMIRO. No; el cesante.
GABRIEL. Ah! bien.
RAMIRO. (Dando un papel á D. Gabriel.)
He aquí... Perdone usted si le molesto...
GABRIEL. No.
RAMIRO. La nota...
GABRIEL. No más. Será repuesto.
RAMIRO. Gracias...
GABRIEL. Ahora soy yo quien pide audiencia.
RAMIRO. ¡Cómo...

GABRIEL. En los dias de tu breve ausencia...
RAMIRO. Tantos procesos como tengo encima
mi salud quebrantaban, y forzoso
me fué en mas dulce clima
dar al cuerpo y al alma algun reposo.
GABRIEL. ¡Y con el propio ahinco
has vuelto á trabajar!
RAMIRO. El dia cinco
ha de fallar la Audiencia
la causa de una pobre á quien amparo.
GABRIEL. Gratuitamente!
RAMIRO. Es claro.
Se trata de una herencia
usurpada á una viuda...
GABRIEL. Yo aplaudo...
RAMIRO. Su derecho es inconcuso,
y el tribunal, sin duda,
condenará al ladron á quien acuso.
GABRIEL. Bien está; pero tú...
RAMIRO. Descomedido
á mi tio y señor he interrumpido.
GABRIEL. ¿Qué importa...
RAMIRO. En lo del pleito hagamos punto.
y diga usted qué asunto...
GABRIEL. Es el asunto
que en el poder por otros codiciado
mi vida es cada dia mas amarga,
que miro la cartera con enfado
y ánsio el momento de soltar la carga.
RAMIRO. No lo debo extrañar si, como temo,
la situacion es crítica.
GABRIEL. En extremo.
¿Y cómo no ha de serlo cuando Europa,
donde se hacina tanto combustible,
arderá el mejor dia como estopa?
Pues ¿qué diré de la infeliz España?
¿Qué gobierno es posible
donde luchan sin tregua los partidos,
y tantos son, y á todos la zizaña
los tiene en cien fracciones divididos?
RAMIRO. Triste verdad es esa y dura plaga
que á las siete de Egipto no va en zaga.

Sin contar el partido socialista,
polo opuesto del bando absolutista,
ambos en la discordia casi iguales;
sin contar los secuaces del progreso,
todos, quién mas, quién ménos radicales;
sólo en los que presumen de gran seso,
sólo entre esos señores
que son ó afectan ser conservadores,
la gestion del político teatro
disputan tres partidos...

GABRIEL. No; son cuatro.

RAMIRO. Cuatro, dice usted bien, son ya en el dia,
cuatro; y hay todavía
quien para el quinto busca clientela.
Éramos pocos, y parió mi abuela!

GABRIEL. Exigentes ó flojos los amigos,
ciegos en su rencor los enemigos,
¿cómo al puerto arribar cuando la prensa
ó sin razon injuria
ó sin pudor inciensa,
y del erario crece la penuria,
y un parlamento ambiguo,
donde suda el gobierno,
que nunca duerme ó sobre espinas duerme
para que el harto exiguo
número de los suyos no se merme,
le tiene en un suplicio sempiterno?
¿Quién, cuando uno le dice: empuja! avanza!
y otro le recomienda la templanza,
no pierde el equilibrio
entre la tiranía y el ludibrio?

RAMIRO. Y tal vez en el mismo gabinete,
que es para usted un brete,
y adonde pensamientos tan hidalgos
aportó su acendrado patriotismo,
la interna disension, el dualismo...

GABRIEL. Sí; algo hay de eso, y aun algos;
¡y cuando en azarosas circunstancias,
tras de muchas instancias
á la pública hacienda
sacrifiqué el cuidado de la mia,
no falta quien me envidie la prebenda

suponiendo que el público tesoro
á mis arcas afluye rios de oro!
No más, no más! Hoy mismo, si el consejo
sin restriccion no adopta y sin enmienda
las medidas, los planes,
fruto de mi experiencia y mis afanes,
á otro mas hábil la cartera dejo
y para siempre del poder me alejo.

RAMIRO. Hará usted bien.

GABRIEL. Tendre sólo un disgusto
al salir de aquel lecho de Procusto.

RAMIRO. Cuál?

GABRIEL. Que no hayas cumplido mi deseo
aceptando un empleo...

RAMIRO. No! afuera tentaciones del demonio!
Á Dios gracias, vivir independiente
puedo con mi modesto patrimonio.
Empleo! Sin doblar mi altiva frente
y sin gravar los fondos del estado
tengo uno...

GABRIEL. ¡El de abogado
de pobres!

RAMIRO. Sí, señor. No es muy brillante,
mas sin temor le ejerzo
de que un advenedizo me suplante.

GABRIEL. Lo creerá así cualquiera sin esfuerzo.
Abogado de pobres! Ese cargo,
carga mas bien, se impone á un principiante,
pero tú...

RAMIRO. Si de oficio
prestan otros, señor, ese servicio,
yo á los pobres consagro mis vigilias
por compasion, y á falta de otros dones,
más de cuatro familias
mi nombre colman ya de bendiciones.
¿Qué ocupacion más noble y meritoria
puedo yo ambicionar? Qué mayor gloria

GABRIEL. Guárdeme el cielo de impugnar, Ramiro,
esa tu santa vocacion, que admiro;
mas sin abandonar al indigente,
¿por qué adusto y severo
cierras á los pudientes tu despacho?

Por ventura ¿los miras con empacho?
¿Acaso todo pobre es inocente
y no hay justicia ya donde hay dinero?

RAMIRO. No soy tan temerario;
¿y cómo lo he de ser cuando contemplo
en usted, caro tio, un vivo ciemplo
que prueba lo contrario?

GABRIEL. No digas...

RAMIRO. Usted, siendo millonario,
teme á Dios, y del prójimo se apiada,
y dar puede á cualquiera,
de alta ó de baja esfera,
lecciones de honradez acrisolada.

GABRIEL. Grato me es en tu labio ese concepto;
pero cuando podrias con decoro,
ya célebre en el foro,
labrarte una fortuna...

RAMIRO. Si á los ricos
mis Bártulos y Baldos intercepto,
no me impone el orgullo ese precepto;
es que al pobre prefiero en mis fatigas,
y como es la hermandad tan numerosa,
en mi estudio pululan como hormigas
y tiempo no me dan para otra cosa.
Sin padres además y sin hermanos;
extraño al lujo y sus caprichos vanos
que dan para un placer cien pesadumbres,
y aunque parezca mal que yo lo diga,
sencillo y sobrio en gustos y en costumbres,
á acumular riquezas ¿quién me obliga?
Para qué ó para quién las necesito?

GABRIEL. Si hoy no, quizá mañana...

RAMIRO. Nunca!

GABRIEL. ¿Sordo
siempre será tu corazon al grito
de la naturaleza? Alguna hermosa...

RAMIRO. (Oh Dios mio!)

GABRIEL. Perdóname si abordo
cuestion tan espinosa,—
te hará un dia caer en el garlito...

RAMIRO. No caeré.

GABRIEL. ¿No eres tú de carne y hueso

como todos?

RAMIRO. Por Dios, no hablemos de eso!

GABRIEL. ¿Te inclina tu glacial filosofía
al triste celibato?

RAMIRO. Yo... (Qué tormento!)

GABRIEL. Lástima sería...

RAMIRO. (Con algun desabrimiento.)
Sí, señor! Sí, señor!

GABRIEL. Bien, bien; no trato
de hacerte flaquear...

RAMIRO. Ya lo supongo.

GABRIEL. Si de la humana sociedad excluso
quieres vivir en ella como un hongo,
sea muy norabuena. Yo, obediente
á lo que Dios nos manda y está en uso,
trato de dar estado á Carolina.

RAMIRO. (Ay mísero de mí!)

GABRIEL. Su peregrina
hermosura, su índole excelente
y su dote cuantiosa
cebo son para mas de un pretendiente;
mas de uno solo puede ser esposa,
y para resolver este expediente
quisiera que me dieses tu dictámen,
prévio maduro exámen...

RAMIRO. No, señor. Yo me inhibo...

ESCENA II.

D. GABRIEL. D. RAMIRO. CAROLINA.

CAROL. (Llega por la puerta del foro.)
Papá...

GABRIEL. Qué hay?

CAROL. Con recado ejecutivo
cita á usted á consejo el Presidente...
Buenos dias, Ramiro.

RAMIRO. Dios te guarde.

GABRIEL. (Se levanta y toma el sombrero: D. Ramiro se levanta tambien.)
Voy, voy... (Á D. Ramiro.)
Continuarémos esta tarde.

ESCENA III.

D. RAMIRO. CAROLINA.

CAROL. ¿Sabes que estoy muy quejosa
de tí?
RAMIRO. Por qué?
CAROL. Claro está;
porque eres un descastado.
RAMIRO. No!
CAROL. De los baños de mar,
perdona que te lo diga,
has vuelto muy montaraz.
¿Por qué, siendo prima tuya,
conmigo esa gravedad
diplomática! Comprendo
que trates así á papá,
que es ministro; pero á mí?
¿Qué se ha hecho de la jovial
confianza que á nuestro trato
inspiraban la amistad
y el parentesco?
RAMIRO. No es hoy
mi afecto ménos cordial;
mas (Qué diré?) mis tareas...
CAROL. Venero la caridad
con que á ellas te dedicas;
mas ¿no puedes amparar
al pobre sin ser adusto
y esquivo con los demas?
¿Quién dirá que eres mi primo,
mi huésped, mi comensal...
Comensal? Miento, que no
siempre te dignas de honrar
nuestra mesa.
RAMIRO. Carolina!...
CAROL. ¿Es que te tratamos mal,
ó tan severo en la higiene
como en la moralidad,
quieres de un modo indirecto
enseñarme á ser frugal?

RAMIRO. Eh! no. Por Dios, prima mia,
no seas tan suspicaz.
CAROL. Hoy mismo nos has plantado
á la hora de almorzar.
RAMIRO. Se ha desalquilado, cerca
de aquí, un cuarto principal,
y he ido á verle...
CAROL. ¿Qué escucho!
Pues, qué! te quieres mudar?
RAMIRO. Es preciso: va creciendo
mi clientela...
CAROL. Pues ya!
RAMIRO. Y un abogado, y de pobres,
es molesta vecindad.
CAROL. Eh! calla. Gracias á Dios,
es la casa harto capaz
para que tio y sobrino,
en su estudio cada cual,
den audiencia á sus clientes.—
Y hay cierta conformidad
entre ellos, pues todos piden,
unos turron y otros pan.
RAMIRO. Pero...
CAROL. No hay pero que valga.
RAMIRO. Considera...
CAROL. No ha lugar.
RAMIRO. Que si yo...
CAROL. No hablemos de eso,
ó los sordos nos oirán.
RAMIRO. Bien... No te irrites.
CAROL. Y ahora,
aunque faltes al ritual,
pues sin ser pobre reclamo
tu proteccion tutelar,
oye una consulta..., grátis,
por supuesto.
RAMIRO. Así será.
CAROL. Yo me veo en un conflicto
terrible,... piramidal.
RAMIRO. Cómo!...
CAROL. Mi querido padre,
ay Dios! .. me quiere casar.

¿Te ha dicho algo...

RAMIRO. De eso hablábamos
cuando llegaste.

CAROL. Pues, ay!
cierto es, demasiado cierto.

RAMIRO. Y eso te hace suspirar?

CAROL. Ay! Sí. Anciano y achacoso,
ántes que él descanse en paz
quiere que un marido sea
escudo de mi orfandad.

RAMIRO. Miren qué grave conflicto!
Un novio! ¿De cuándo acá
se ha atribulado por eso
una doncella?

CAROL. Ahí verás!

RAMIRO. Qué!...

CAROL. Y aun si fuera uno solo,
le podria capear;
pero dos...

RAMIRO. No es maravilla.
Tu mérito sin igual...

CAROL. Crees tú que tengo alguno?

RAMIRO. Cómo no?

CAROL. Gracias, galan.
Así quiero yo que me hables,
y no con la seriedad
imponente de un letrado
delante del tribunal.—
Ahora quiero que me digas
con toda sinceridad
cuál de mis dos postulantes
debe llevarme al altar.

RAMIRO. De uno ya tengo noticia.

CAROL. ¿Hablas del señor feudal...

RAMIRO. Sí, del gárrulo marqués
que vino aquí de Canfranc...
ó no sé dónde...

CAROL. Es burlesco
personaje, si los hay;
pero tanto, aunque plebeya,
le enamora mi beldad,
que se digna de elevarme

hasta su ilustre solar,
que cuenta, él lo dice, siglos
y siglos de antigüedad.

RAMIRO. Oiga! ¿Desciende ese... príncipe
por ventura de Guzman
el Bueno...

CAROL. Pica mas alto.

RAMIRO. Del Cid? De Ataulfo?

CAROL. Bah!
Su alcurnia es contemporánea
del diluvio universal.

RAMIRO. Pues si tan largo abolorio
acredita, no cabrá
el archivo de su casa
dentro de una catedral.

CAROL. Un docto genealogista
prueba...

RAMIRO. ¿Qué no probarán
ellos!

CAROL. Que el Marqués desciende
del mismísimo Tubal.

RAMIRO. Pues eso, tú y yo como él
lo podriamos probar,
y si nuestro noble orígen
remontamos hasta Adan,
¿qué rey de armas, Carolina,
no lo certificará?
Pero, en resúmen, ¿qué vale
por sí solo en nuestra edad
un título nobiliario?
Si el de ese pelafustan
al santo Noé recuerda
y su arca descomunal,
otros diluvios despues
se han encargado de dar
á la guia aristocrática
el volúmen de un misal.

CAROL. Periodista es el segundo
de superior calidad,
y estadista y publicista...

RAMIRO. No tiene algun *ista* mas?

CAROL. Sí, bolsista.

RAMIRO. Ah! Don Fulgencio...
CAROL. Tú le acabas de nombrar.
Qué opinas de él?
RAMIRO. Que es un fátuo,
un pedante, un charlatan.
CAROL. Ese no ostenta blasones...
RAMIRO. Pero con mas vanidad
que don Rodrigo en la horca,
el ansia de figurar
le atosiga, y no hay empleo,
incluso el de senescal,
que inferior no le parezca
á su alta capacidad.
CAROL. Bravo!
RAMIRO. Demasiado rígido
es á tus ojos quizá
este juicio...
CAROL. Nada de eso.
RAMIRO. Yo á fuer de primo leal...
CAROL. No me puedo yo ofender
do que digas la verdad.
¿Crees tú, pues...
RAMIRO. Que infestados
tus dos amantes estan
de la enfermedad reinante.
CAROL. Virgen santa del Pilar!
Del cólera?
RAMIRO. No. Tremenda
es esa calamidad,
pero pasajera al fin.
Hay otra peste social
que, si Dios no lo remedia,
con España acabará,
y de esa te hablaba yo:
de ese contagioso afan
de goces y devaneos
que á todos sacando va
de su quicio, desde el prócer
altivo hasta el menestral.
Ínfulas de hombre de pro
muestra cualquier perillan;
el que ayer vistió zamarra

hoy gasta levita y frac;
y con botas de charol
Maritornes va á comprar.
Es ya rancio anacronismo
la modesta sobriedad
con que ántes se contentaban,
los que no tenian más,
con su honrada medianía
y limpio aunque pobre ajuar.
Guerra de muerte declaran
al decoro y la moral,
ya la comezon del lujo,
ya el prurito de medrar;
á unos ciega vil codicia,
á otros orgullo infernal,
y llaman, en el dialecto
de su uso particular,
donaire á la desvergüenza,
al perjurio habilidad;
y para ellos todo es lícito,
todo..., ménos trabajar.

CAROL. Ese discurso merece
una mitra episcopal,
y de él saco en consecuencia
que en mis novios—¡lindo par
de maulas!—al interés
sirve el amor de disfraz;
que ínclito infanzon el uno,
pero de pobre caudal,
quiere con mi pingüe dote
su penuria remediar,
y que el otro, diputado
y escritor ministerial,
si mi mano solicita
es tambien porque querrá
que le dé el presunto suegro,
como regalo nupcial,
alguna plenipotencia,
aunque sea en el Catay.

RAMIRO. Si ninguno de los dos
te agrada...

CAROL. Cómo agradar?

Me apestan.

RAMIRO. Pues ¡calabazas!
es mi conclusion fiscal.

CAROL. Y... dime: ¿es el abogado
quien receta ese manjar,
ó el primo..., ó tal vez...

RAMIRO. (Ay triste!
Ahora sospechará...)
No me mueve otro deseo
que el de tu felicidad.

CAROL. Mil gracias.

RAMIRO. No creas...

CAROL. (Oh!...)

RAMIRO. Mi consejo es imparcial.

CAROL. Bien, pero si no lo fuese,
nadie podria extrañar
que...

RAMIRO. No soy tan necio...

CAROL. Dale!
No es tuya la necedad,
sino mia.

RAMIRO. Oh!...

CAROL. Tu consejo
es saludable, eficaz;
pero tardío.

RAMIRO. Ah! por qué?
¿Media acaso algun formal
compromiso...

CAROL. Median dos,
el mio y el de papá.
Tiene el Marqués en su apoyo
la paterna autoridad...

RAMIRO. Ah!...

CAROL. No tanto por su título
como porque, servicial
y condescendiente, sabe
captarse la voluntad
de mi iluso padre, á quien—
beatitud patriarcal!—
suele con su bufonadas
servir de grato solaz.
Tal vez cuando me propuso

tan descabellado plan
le hubiera yo resistido,
si no alegara además
otra razon muy plausible
á que no osé replicar.
Perseguido en una lucha,
civil—¿cuándo acabarán!—
hubiera muerto mi padre
sin la generosidad
con que el difunto Marqués,
no obstante ser su rival,
le dió en tan amargo trance
favor y hospitalidad.

RAMIRO. Laudable es su gratitud,
mas no el empeño tenaz
de que tú te sacrifiques
á la obediencia filial.

CAROL. Tal pensaba y pienso yo;
pero mi agudo pesar
facilitó á don Fulgencio
la triste oportunidad
de declararme su amor,
y recordando el refran
de un clavo saca otro clavo,
yo me dejé alucinar
por la estudiada pasion
y hueca verbosidad
con que postrado á mis piés
me pidió el sí conyugal.

RAMIRO. Y le diste!

CAROL. Sí, Ramiro;
tanta fué mi ceguedad!
Mas pronto me arrepentí
de aquel pecado mortal,
porque petulante y sándio,
á la ménos perspicaz
hubiera hecho conocer
con su cháchara vulgar
que todo es cálculo en él
y aparato teatral.

RAMIRO. Retírale tu promesa
y plántale en el zaguan,

ya que te ofuscó en mal hora
su música celestial.

CAROL. Ay, tú no estabas aquí!

RAMIRO. (Turbado.)
Cómo!... ¡Tú... ¡Yo...

CAROL. (Reprimiéndose.) (Paso atras!)
Lo digo porque, como eres...
neutro...

RAMIRO. (Con prontitud.)
Neutral.

CAROL. Bien, neutral.
Si me hubieras dado entónces
el consejo que hoy me das,
no me veria yo ahora
en este berengenal.

RAMIRO. Á cualquier hora se puede,
Carolina, retractar
un sí imprudente, y tu padre,
ni en el suyo insistirá,
ni si revocas el tuyo,
será tan irracional,
que á su hija amada y única
niegue un *bill de indemnidad.*

CAROL. Mas yo á vencer no me atrevo
mi temor al qué dirán.

RAMIRO. Pues, hija...

CAROL. Sólo lo haria,
cuando pudiera excusar
con otro amante mas digno
mi aparente veleidad.
Tú, querido primo...

RAMIRO. Ah!

CAROL. Qué?

RAMIRO. (Me ama! Tendré que emigrar!)
Oh! sí, un tercero en discordia
sería... Tú le tendrás
cuando quieras. ¿Cómo no,
siendo tan hermosa y tan...

CAROL. Lisonjero!

RAMIRO. No: lo digo
con...

CAROL. (Irónicamente.) Con imparcialidad.—

Le tendré ó nó, porque yo
no le he de solicitar.

RAMIRO. Cierto.

CAROL. Una mujer no puede
sin nota de liviandad
decir á un hombre: «yo te amo;
tú eres el bello ideal
que anhelaba el alma mia;
tú mi gloria, tú el iman
de mis sentidos»..., toda esa
algarabia manual
que prodiga el sexo fuerte
con franqueza militar.

RAMIRO. Tambien hay hombres que tienen
pudor...

CAROL. Orgullo dirás.

RAMIRO. Llámale orgullo en buen hora;
mas su propia dignidad
rechaza ese privilegio
para otros tan natural.

CAROL. Si eres tú uno de ellos...

RAMIRO. Yo...

CAROL. Respeto esa austeridad
de filósofo impasible
y ese pudor virginal.

RAMIRO. Ni el dictado de filósofo
corresponde á mi humildad,
ni los filósofos tienen
el alma de pedernal.

CAROL. (¡Me ama, y por no confesarlo
se dejaria matar!)
Ahora bien, primo doctor,
¿podré sin temeridad
rogar á usted que me saque
de este pantano?

RAMIRO. (Con calor.) Sí tal.
Yo convenceré á mi tio
de que es una atrocidad
su proyecto, y á tus novios
arrojaré de ese umbral
si es fuerza. Tan bella causa
no he defendido jamás,

y abogado ó campeon,
en ella sabré mostrar
la elocuencia de un Demóstenes
y el esfuerzo de un titan.

CAROL. Bien! Magnífico!

RAMIRO. ¿Te ries!

CAROL. Perdona mi hilaridad;—
yo no soy jurisconsulta.
Casi lloraba poco ha,
¿y no quieres que me ria
viendo, rara novedad!
tan expansivo á Caton
y á Licurgo tan marcial?

RAMIRO. Tienes razon á fé mia.

CAROL. Pues riamos á la par,
que el lance no es para ménos.

RAMIRO. (Con risa forzada.)
Riamos, sí... (Es celestial!)

CRIADO. (Á la puerta del foro.)
El Marqués...

CAROL. Que éntre. (Váse el criado.)

RAMIRO. Me iré...

CAROL. Nó. Para alegrarnos más,
como llovido del cielo
viene ese ente singular.

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO. El MARQUÉS.

MARQ. Con mas gozo que la alondra
á la estrella matutina,
saluda á usted, Carolina,
el amor que me atolondra.

CAROL. Discreta salutacion!

RAMIRO. (Mentecato!)

MARQ. Es un proemio
con que explico, sin apremio,
mi rendida adoracion.
Ni es de admirar mi lisura
cuando—dichoso proyecto!—
soy futuro, aunque imperfecto,
de tan linda criatura.

CAROL. Yo estimo...
MARQ. Oh dulce sonrisa!
¿Y cuándo termina el plazo
en que indisoluble lazo
ha de unir...
CAROL. No corre prisa.
MARQ. Cómo no? Sí tal.
CAROL. No tal.
MARQ. Pero ¿á qué viene ese enfado...
Ah! no habia reparado
que nos oye mi rival.
CAROL. (Rival!)
RAMIRO. (Ap. á Carolina.)
Qué dice ese necio?
MARQ. ¿Conque estaba usted aquí,
señor don Fulgencio...
RAMIRO. Eh?
MARQ. Muy
señor mio y de mi aprecio.
Yo...
CAROL. (Á D. Ramiro.)
Es divertida la escena!
MARQ. Sí; ¡juntarse en un estrado
el amante desahuciado
y el que está de enhorabuena!
Mas ¿cómo ha de ser, amigo!
Yo he triunfado; usted no es lego,
y debe...
RAMIRO. (Con Carolina en voz baja.)
Está ese hombre ciego?
CAROL. No; tonto.
MARQ. Eh?... Pues, como digo,
no porque en nuestra contienda,
como ocurre en más de trece,
á quien ménos la merece
se adjudique la prebenda...
CAROL. Poco á poco! Todavía...
MARQ. Me mire usted de reojo.
Si me viese en tal sonrojo,
sabe usted lo que yo haria?
Soltar á la risa el trapo...
CAROL. (Riendo.)

Eso, eso!

MARQ. Y echarlo á broma.

RAMIRO. Sí, señor. (Rompe á reir.)

MARQ. (Á Carolina.) Oiga! Pues toma
mi consejo... Guapo, guapo!

CAROL. (Sin dejar de reir.)
Vítor!

MARQ. (En voz baja.)
No abuses... Silencio!...
(Acercándose á D. Ramiro.)
Ya ve usted... (De gozo brinco!)
Ea, vengan esos cinco...

RAMIRO. (Con enfado.)
Eh!

MARQ. Calle! No es don Fulgencio!
(Riendo.)
Bueno ha estado el *quid pro quó*!

RAMIRO. Soy...

CAROL. Es mi primo Ramiro.

MARQ. Ya veo, ahora que le miro
de cerca... (Soltando una carcajada.)
Já! já! jó, jó!...
¡Y yo creia... Salud
y gracia al docto letrado,
al benéfico abogado
de pobres... Rara virtud!
Noble abnegacion!... No obstante,
creo—el diablo sea sordo!—
que no hará usted caldo gordo
con parroquia semejante.

RAMIRO. Qué le importa á usted?

MARQ. Á mí?
Nada; pero lo decia
por...

RAMIRO. Pudiera ser que un dia
la aumentase usted.

MARQ. Yo!

RAMIRO. Sí.

MARQ. No soy un Creso, en verdad,
porque tengo un mayordomo
que me... Pero tanto como
pobre de solemnidad...

RAMIRO. ¿Cómo—sólo en un etíope
cabe tal inocentada—
sin parecernos en nada
me tomó usted por...

MARQ. Soy míope.
Y hoy...—tal vez será un mareo,
ó que están los nervios flojos—
no sé qué siento en los ojos,
que apenas los bultos veo.

RAMIRO. (Con malicia.)
Ha almorzado usted?

MARQ. Ó escasa
es la luz, ó no estarán
los lentes muy...
(Saca el pañuelo y hace ademan de quitarse los anteojos para limpiarlos.)
Voto á San!...
Me los he dejado en casa.

RAMIRO. Pche!...

MARQ. Distraccion.

CAROL. (Badulaque!)

MARQ. Las suelo tener mayores.
Todos los grandes señores
padecemos este achaque.
Esto no es decir que yo
me desvanezca y me engría
con la alta categoría
á que pertenezco, no;
al contrario, singular
en todo...

CAROL. Oh! sí.

RAMIRO. (Monigote!)

MARQ. Nada tengo de Quijote
y mucho de popular.
No gusto yo, verbi gracia,
de briosos palafrenes
y el lujo, el fausto, los trenes
que ostenta la aristocracia.
Desdeño de buena fe
todo ese inútil boato,
y, como aquel caricato...,
me ne vado sempre á pié.

RAMIRO. (Ap. con Carolina.)
Si no tiene el pobreton
sobre qué caerse muerto,
¿qué milagro...
CAROL. Eh! me divierto
con su gentil *sans-fazon.*
MARQ. Hablo con exactitud.
Juro al apóstol Santiago
que, aunque ustedes digan que hago
de necesidad de virtud...
CAROL. No tal...
MARQ. Aunque mi caudal
han mermado las estafas...
Pero el diantre de las gafas...
Sin ellas estoy muy mal.—
Haré que vaya un sirviente...
CAROL. Qué veo!
MARQ. Aunque sude el hopo...
CAROL. No! (Santiguándose.)
Jesus!...
MARQ. ¿Qué...
CAROL. ¡Alma de chopo,
las lleva usted en la frente!
MARQ. (Tentándosela y poniendo luego en su lugar los anteojos.)
Cierto, sí. Humana miseria!
Me las alcé—vaya un lance!—
para leer el alcance
que ha publicado *La Iberia.*
Al entrar en el portal
me lo ha prestado Samper,
y me alegro de saber...
CAROL. Qué hay?
MARQ. Crísis ministerial.—
Salió papá?
CAROL. Sí.
MARQ. Dijo algo?
CAROL. No.
MARQ. Habrá ido al ministerio...
CAROL. Sin duda.
MARQ. El asunto es serio.
Voy corriendo como un galgo...

Pronto seré sabedor
de quién cesa y quién no cesa...
Adios, próxima marquesa!
Primo en cierne... servidor!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Oh! ¿y con ese botarate
te has de casar, Carolina?
CAROL. Qué he de hacer? Papá se obstina...
RAMIRO. No. Qué oprobio! qué dislate!
CAROL. No quiero á ese mamarracho
y ódio á su competidor;
pero si...
CRIADO. (A la puerta del foro.)
El Procurador...
RAMIRO. Bien; voy... Que éntre en mi despacho.
(Váse el Criado.)
Ántes que uno ú otro apunte
venzan, prima, tu desden,
debes dar tu mano...
CAROL. Á quién?
Á cualquiera transeunte?
RAMIRO. No; pero me llega al alma
que no haya, siendo quien eres,
quien merezca...
CAROL. Ya! y prefieres...
RAMIRO. Qué?
CAROL. Que me entierren con palma.
RAMIRO. No; mi egoismo no es tal...
Es decir...
CAROL. (Ni á hablar acierta.)
RAMIRO. Ánimo! Si sale cierta
la crísis ministerial,
uno de tus dos amantes
no sostendrá la campaña,
y al otro, con tiempo y maña...
CAROL. Sí. Acude á tus litigantes.
RAMIRO. De tu aversion participo...
CAROL. Bien, sí.

RAMIRO. Y juro al Ser Supremo
que, temprano ó tarde, quemo
mis libros, ó te emancipo.

ESCENA VI.

CAROLINA.

Si no me ama, no se alarme
tanto por mí; que es capricho
muy singular... ¿Quién le ha dicho
que yo quiero emanciparme?—
Con frecuencia los diarios
de una y otra cofradía
combaten la teoría
de los hombres necesarios.
Yo, siguiendo otro sistema,
de uno solo mi remedio
aguardo..., y de medio á medio
me ha cogido el anatema.
Pero ese único mortal
que miro con simpatía,
ese único á quien yo haría
mi ministro universal,
no advierte que así discurro,
aunque harto lo manifiesto,
por demasiado modesto...
ó demasiado cazurro.
Dudo... espero... Qué agonía!
Si hablo, mal; peor si callo,
y con dos crísis batallo,
la de mi padre y la mia.
Papá el timon de la nave
deja... quizá sin dolor;
yo me abraso en ciego amor...
Cuál es la crísis más grave?
La mia, dirá cualquiera,
la mia, si echa de ver
lo que va de hombre á mujer
y de un alma á una cartera.—
Mas si á don Fulgencio espanto
y del Marqués me redimo

con ayuda de mi primo,
del mal el ménos!—En tanto,
diré, parodiando aquí
un dicho, célebre ya:
¡Salve Dios á mi papá...
y no se olvide de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. FULGENCIO.

Aparecen sentados: á la derecha D. Gabriel y D. Fulgencio, y á la izquierda Carolina bordando.

FULG. Conque es verdad?
GABRIEL. Sí, señor.
He sometido al Consejo
de ministros las medidas
sin las cuales no podremos
conjurar la bancarrota
y galvanizar el crédito;
pero de ocho votos cinco
desaprueban mi proyecto.
Siendo tal el resultado,
ya ve usted que...
FULG. Sí; ya infiero....
GABRIEL. Que no puedo con decoro
seguir en el Ministerio.
FULG. Sí, en cierto modo, es verdad;
mas puede darse otro sesgo
al asunto. No es prudente
sostener á sangre y fuego
esa firmeza espartana,
sublime, que yo venero;
pero estéril y tal vez
peligrosa en estos tiempos.

Combatido el Gabinete
por contrarios elementos,
sólo puede conservarse
con cierto equilibrio, cierto...

GABRIEL. No entiendo yo, señor mio,
de equilibrios y escarceos.
Cuando la dolencia es grave,
la lanceta y el cauterio,
no emplastos madurativos,
han de curar al enfermo.

FULG. Ya; pero peor que el mal
pudiera ser el remedio.
Qué diantre! ¡Ahora una crísis,
cuando bogaba con viento
en popa la situacion,
y yo esperaba...

CAROL. (Un empleo!)

GABRIEL. Ah, cómo se engaña usted!
Aunque al parecer sereno
nuestro Olimpo artificial,
el nublado no esta léjos.

FULG. Cuando leí la funesta
noticia en un suplemento,
paparrucha! dije yo
para mí. Soñaba el ciego...

GABRIEL. No es sólo á la oposicion
aplicable ese proverbio.

FULG. Como cada dia cunden
esos rumores siniestros,
y salen falsos...

GABRIEL. Pues siempre
tienen algun fundamento.
Lo normal en este siglo
es no vivir con sosiego,
y aunque otra cosa sostenga
la comedia de don Pedro
Calderon, acá en España
«siempre lo peor es cierto.»

CAROL. (Tiene razon!)

GABRIEL. No lo digo
por mí, que sin pena dejo
el mando...

FULG. (Eso dicen todos!)
GABRIEL. Y más gano yo que pierdo
con retirarme á la vida
privada.
CAROL. (Es verdad!)
FULG. Lo creo.
No obstante, el hombre de estado
no puede obrar de ligero...
GABRIEL. Cómo! yo...
FULG. Quiero decir
que hay vínculos y respetos
de que no puede en conciencia
prescindir.
GABRIEL. Vamos con tiento.
Para juzgar de la mia
sólo Dios tiene derecho.
FULG. Moralmente hablando, otorgo;
políticamente, niego.
CAROL. (Calle! con que hay dos conciencias,
la moral y... No lo entiendo.)
GABRIEL. Con argucias escolásticas
no probará usted...
FULG. Sí pruebo.
Usted no se pertenece
á sí mismo.
GABRIEL. ¿Soy yo siervo
de álguien?
FULG. Sí, de la opinion
pública; del Parlamento.
GABRIEL. Bah, bah! Sobre esa materia
mucho hay que hablar, don Fulgencio.
FULG. El ministerio tenía
mayoría en el Congreso.
GABRIEL. Poco segura; y mis planes
no son para ella un misterio.
FULG. Ántes de dar ese paso,
que puede comprometernos,
usted debió consultar
á los prohombres del gremio.
GABRIEL. Basta. Á los piés de la Reina
ya mi dimision he puesto.
FULG. Tan pronto!

GABRIEL. Y esta disputa
es ociosa: á lo hecho, pecho.
Á la Reina y al país,
no á los disidentes, debo
responder de mi conducta,
y si usted es uno de ellos...

FULG. (Transijamos.) No, señor.
Siempre he sido fiel adepto
de usted, y á capa y espada
le he defendido y defiendo.
Si por mi amor al bien público
he sido un tanto severo,
perdone usted, don Gabriel:
me desdigo y me arrepiento.

CAROL. (Oh!...)

FULG. Es tanta la autoridad
de usted, y de tanto peso
sus observaciones...

GABRIEL. Pche!

FULG. Que con ellas me convenzo.
Pero aun podrá conjurarse
la tormenta...

GABRIEL. No lo espero.

FULG. Acaso usted, como á mí,
persuada á sus compañeros.

GABRIEL. Yo he dicho ya mi *ultimátum*.

FULG. Ellos quizá no.

CRIADO. (Desde la puerta.) Este pliego.

GABRIEL. (Toma el pliego, lo abre y lo lee para sí.)
Dame.

CAROL. (Qué será?)

FULG. Es sin duda
del Presidente... Apostemos
á que...

GABRIEL. No. Su Majestad
me llama —El coche al momento.
(Se levanta y toma el sombrero: D. Fulgencio se levanta tambien: el Criado se retira.)

FULG. Ah! para encargar á usted
sin duda que forme nuevo
gabinete. En ese caso
yo me brindo...

CAROL. (Ay Dios eterno!)
GABRIEL. No sé...
CAROL. (Es capaz de pedirle
la cartera de Fomento.)
GABRIEL. Lo mas probable es que admita
mi dimision.
FULG. (Ah! lo temo.)
Aun siendo así, que lo dudo,
largo será el interregno,
y podrá usted hacer algo
por sus amigos y deudos.
GABRIEL. Qué he de hacer? ¿Cómo...
FULG. Yo aspiro...
CAROL. (Pues! Ya ha parecido aquello.)
GABRIEL. Á qué?
FULG. Ya lo sabe usted:
á la honra de ser su yerno.
GABRIEL. Es que yo...
FULG. Esa circunstancia
plausible, unida á mis méritos...
GABRIEL. (Cuáles?)
FULG. Me alienta á pedir...
No es mucho lo que pretendo.
GABRIEL. Qué?
FULG. Una plaza de ministro...
No en España: en otro reino.
GABRIEL. No hay vacante.
FULG. Eso, ¿qué importa?
se hace una...
CAROL. (Pues!)
FULG. Y *laus Deo.*
GABRIEL. Ni es ese mi ramo, ni...
FULG. Si el óbice está en el sueldo,
con que me hagan Senador
me daré por satisfecho.
GABRIEL. Eh?
CAROL. (Seráfica modestia!)
FULG. Á ese honorífico premio
puedo optar...
GABRIEL. Pero...
FULG. Y con él
no gravaré el presupuesto.

GABRIEL. Son tantos los Senadores,
aunque todos beneméritos,
que para uno más tal vez
no hay ya en la cámara asiento.
Y en suma, ¿qué facultad
tengo yo, que ya soy cero,
para conferir destinos?
FULG. Qué, no hará usted testamento?
GABRIEL. No, señor.
FULG. Ejemplos hay...
GABRIEL. No sigo tales ejemplos.
No tengo la gracia yo
de testar despues de muerto.
FULG. Si es usted tan nímio...
CRIADO. (Á la puerta.) El coche. (Se retira.)
GABRIEL. Cada cual tiene su genio...
Pero consuélese usted.
Puede que los cinco miembros
que han votado contra mí
formen otro ministerio,
y entónces usted, que invoca
y ensalza los privilegios
de la mayoría, acaso,
sin que á mí me zumbe el pueblo,
logre que refrende un *vivo*
el suspirado decreto.
(Hace una salutacion muda y váse.)

ESCENA II.

CAROLINA. D. FULGENCIO.

FULG. (Acercándose á Carolina.)
Pasmado estoy... ¿Es quizá
cómplice mi dulce bien
del impensado desden
con que me trata el papá?
CAROL. No me incumbe esa cuestion.
¿Qué entiendo yo de política,
y si es crítica ó no es crítica
la presente situacion?
FULG. Yo conté con el apoyo

de la que es su hija y mi dama.
Carolina, usted no me ama!
usted quiere echarme al hoyo!

CAROL. Eso, no.

FULG. Nunca creí,
ciego en mi pasion ardiente,
que á usted fuera indiferente
lo que me interesa á mí.

CAROL. Yo... (No sé cómo dorarle
la píldora.) Yo...

FULG. Cruel!

CAROL. (Monosílabos en él
y dejémosle que charle.)
Yo... Si...

FULG. Ingrata! ¿Para qué
pedia yo con urgencia
la...

CAROL. Sí.

FULG. La plenipotencia
de Prusia ó de Lóndres...

CAROL. Pche!...

FULG. Para que tú te lucieras
con tan alta investidura
y admirasen tu hermosura
en las córtes extranjeras.

CAROL. Ah!... Oh! ..

FULG. Al firmamento azul
lo juro; solo por tí
al exministro pedí
la noble silla curul.

CAROL. Sí?

FULG. Sí, mi gloria, mi sol.

CAROL. ¡No habria mal alborot
si me dieran voz y voto
en el Senado español!

FULG. No es eso: es que los deberes
de los cargos distinguidos
atañen á los maridos
y su brillo á las mujeres.
Es que (Recobrar anhelo
con mi labia el ascendiente.)
ver quisiera yo en tu frente

todos los astros del cielo.

CAROL. (Jesús!...)

FULG. Y que maravilla
fueras de esta villa y corte
al mostrar yo tal consorte
en la corte y en la villa.

CAROL. (Bostezando.)
Ah...

FULG. Mi dichoso himeneo...

CAROL. (Ya que es inútil mi ardid,
con permiso de Madrid
pediré auxilio á Morfeo.)
(Finge dormirse.)

FULG. (No me atiende! ¿Es que medita
alguna frívola excusa,
ó su conciencia la acusa...
(Acercándose más.)
Se ha dormido!)
(Alzando la voz.)
Señorita!

CAROL. (Fingiendo despertar.)
Ah!

FULG. Soy yo algun estafermo?

CAROL. Nada de eso.

FULG. Un maniquí?

CAROL. No.

FULG. Usted se burla de mí.

CAROL. No me burlo; es que... me duermo.
(Gozo en abatir su orgullo.)
Es tanto lo que me embarga,
me subyuga y me aletarga
de esa elocuencia el arrullo,
que he dado una cabezada...

FULG. Qué escucho! (Mujer traidora!)

CAROL. Perdon! Yo...

FULG. ¡Salirme ahora
con semejante embajada!

CAROL. Algo pesada es la broma,
porque...

FULG. Es una felonía.

CAROL. Porque usted preferiria
la de Paris..., la de Roma.

FULG. Oh!...
CAROL. Pero no están vacantes.
FULG. Hum!...
CAROL. Y ni yo ni papá
podríamos darlas ya.
FULG. ¡Voto á...
CAROL. Ya ve usted, cesantes!...
FULG. ¿Por qué esa boca perjura
pronunció el plácido sí
que ahora...
CAROL. (Levantándose.) Es verdad, le dí
en un rapto de locura;
pero no le he confirmado,
y ántes mi fisonomía
ha dado á usted cada dia
mas muestras de desagrado.—
Y el sí fué condicional.
FULG. Condicional! (Pierdo el juicio.)
CAROL. Quiero decir, sin perjuicio
de la obediencia filial.
Ahora bien, de la reyerta
que ha tenido usted aquí
con mi papá infiero...
FULG. Sí;
que debo tomar la puerta.
CAROL. No tanto; pero el mas lerdo
dirá que no le está bien
otorgar mi mano á quien
con él está en desacuerdo.
Ya ve usted que—Dios lo quiso
por el bien de ambos quizá—
el disenso de papá
me absuelve del compromiso.
FULG. No espere usted... (¡Todas son
lo mismo!) que yo me aflija
por...
CAROL. En suma, padre é hija
hemos hecho dimision.
FULG. Bien está: yo lo celebro.
No tema usted que mi labio,
del cual sin pena (yo rabio)
ha oido mas de un requiebro,

en injurias se desate
contra la bella voltaria
que hoy me trata como á un pária,
y ayer...

CAROL. Yo no...

FULG. Disparate!
Tal proceder es anexo
á un enemigo con faldas,
y no es mengua hacer espaldas
á la inmunidad del sexo.—
Pero el señor don Gabriel...

CAROL. ¿Qué...

FULG. Llorará su desvío:
yo se lo juro.

CAROL. Ay, Dios mio!
Se batirá usted con él?

FULG. No. Pasa de los sesenta...

CAROL. Los cumplió por Navidad...

FULG. Y esa es otra inmunidad
que debo tener en cuenta.
Pero, pues la imprenta es libre,
pronto verá el insolente
que no se aja impunemente
á un hombre de mi calibre.
Ya su bandera no sigo,
y él verá...

CAROL. Qué? Me consterno.

FULG. Que si malo para yerno
soy peor para enemigo.

CAROL. Qué hará usted?

FULG. Mi saña inmensa
le perseguirá importuna
con la voz en la tribuna
y con la pluma en la prensa.

CAROL. Ay! no. Embote usted los filos
á esa arma terrible, aciaga.
(Si otro riesgo no le amaga,
podemos dormir tranquilos.)

FULG. Y no dirá Su Excelencia,
aunque de estóico presuma,
que le divierte mi pluma
y le arrulla mi elocuencia.

ESCENA III.

CAROLINA.

Hable y haga lo que quiera.
Ménos su impotente cólera
temo yo, que me enfadaban
sus galantes paradojas,
y no hará en el limpio nombre
de papá mella ni sombra
un hombre cuyo descrédito
y nulidad nadie ignora.
Mi primo, que le aborrece,
celebrará su derrota
tanto como yo.
(Á la puerta de la izquierda.)
Ramiro!
Á ver si se anima ahora...

ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Me llamabas?
CAROL. Dame albricias.
Ya don Fulgencio abandona
el campo.
RAMIRO. Bien! bien!
CAROL. La crísis
me ha librado de ese posma.
RAMIRO. Lo esperaba.
CAROL. No pudiendo
su impertinente retórica
recabar de mi buen padre
que conserve la poltrona,
le pidió una credencial
extemporánea...
RAMIRO. Sí; póstuma.
CAROL. Y papá se la negó.
RAMIRO. Bravo! Ya contra ese cócora
le habia yo hablado al alma,

CAROL. Sí? De su soñada novia
espera mejor despacho;
suspira, ruega, perora;
mas tan feliz coyuntura
yo aprovecho, y entre bromas
y véras al alto honor
renuncio de ser su esposa.
Despedido de hija y padre,
en fin, con toda la pompa
de la ignominia, convierte
en denuestos las lisonjas,
y sin poder reprimir
el pesar que le devora,
se larga con viento fresco
cantando la palinodia.

RAMIRO. Carolina, yo te doy
mi enhorabuena con toda
el alma.

CAROL. Gracias, Ramiro.

RAMIRO. Hombres de tanta bambolla
no pueden tener amor
sino á su misma persona

CAROL. Cierto.

RAMIRO. Más mereces tú.

CAROL. De véras?

RAMIRO. Ah! sí. Esa boda
habria de ser infausta
para tí.

CAROL. ...Para mí sola?

RAMIRO. Tambien... (¿Qué iba yo á decir!)
Tambien...

CAROL. Dilo. (No habrá forma
de hacerle espontanearse.)

RAMIRO. Para el tio. Eres su joya
de mas precio...

CAROL. (¡Qué salida
de pavana!)

RAMIRO. Y sin zozobra
no veria á su hija única
víctima de un...

CAROL. (Me sofoca.)
En fin, libre de tal riesgo

ya estoy, y eso es lo que importa.
Ahora falta que tambien
me deje en paz el carcoma
del Marqués.

RAMIRO. Harto será,
si obtenemos una próroga,
que él mismo no dé ocasion
para...

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

MARQ. *Éccomi quá*, paloma!
¿Conque en efecto papá
pertenece ya á la nómina
de los excedentes?

CAROL. Sí.

MARQ. Y siguen la misma norma,
segun cuentan, otros dos
cómplices.

CAROL. Eh?

MARQ. Digo, *cólegas*.

RAMIRO. Hum! *colégas*.

MARQ. Qué más dá?
Lo esencial no es la prosodia,
sino el hecho. Don Gabriel,
que á mi amistad oficiosa
nada oculta, me dirá
si es parcial ó no en la órbita
ministerial el eclipse
que de cien maneras glosan
los noticieros.

CAROL. Papá
ha salido.

MARQ. ¡Es fuerte cosa
no poder hoy darle caza...
Pues, querida, ya se nota
en las veletas políticas
la mudanza de la atmósfera.
El famoso don Fulgencio—
lo sé de su misma boca—

con armas y con bagajes
se va á pasar—qué deshonra!—
á la oposicion.

CAROL. Bien hecho.

MARQ. Y ya á los suyos convoca.

RAMIRO. Son muchos?

MARQ. Cuatro amigotes
que con él comen y votan.

RAMIRO. Terrible falange!

MARQ. Ya
pide la palabra en contra,
y aun no se ha abierto la cámara.
Como no ignoro qué mosca
le ha picado y le conozco,
su conducta no me asombra.
Yo, á fuer de amigo constante
y yerno á prueba de bomba,
en defender al caido
fundo mi gozo y mi gloria.

CAROL. Oh energía! ¡oh...

MARQ. Voy volando,
aunque sude cada gota
como el puño, á trabajar,
á inquirir... Adios, hermosa!

CAROL. Buen viaje!

RAMIRO. (Títere!)

MARQ. ¡Guerra
de exterminio á los apóstatas!

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Él lo sería tambien,
aunque su lealtad encomia,
si tu padre, como á ser
ministro de la Corona,
á las fincas renunciase
y á las rentas de que goza.
¡Ay, todo es en este mundo
mentira, farsa, tramoya!

CAROL. Oh! sí, y tus declamaciones

me van ya haciendo filósofa.

RAMIRO. Te burlas?

CAROL. Poco me falta
para renunciar á modas
y tertulias y teatros
y retirarme á una choza. .

RAMIRO. ¿Qué oigo! ¡Tú...

CAROL. Mas sabe Dios
las hablillas maliciosas
á que daria lugar
resolucion tan heróica.
No; el claustro más bien... Qué opinas?
Haria yo buena monja?

RAMIRO. ¡Por Dios, Carolina... Yo...
Esa pregunta es capciosa,
y yo ni puedo...

CRIADO. (Llega con una carta, la entrega á Carolina y váse.)
Esta carta...

RAMIRO. Ni debo...

CAROL. Es de Barcelona.
Será de mi buena amiga...
Sí, sí, la letra es de Antonia...
Voy con tu permiso... Quiero
contestarla sin demora.
(Yéndose.)
(Llega á buen tiempo; que crece
por momentos mi congoja,
y aunque el alma lo desea,
tiemblo ya de hablarle á solas.)

ESCENA VII.

D. RAMIRO.

No sé qué va á ser de mí
si un dia más se prolonga
el insufrible tormento
que el corazon me destroza.
Ya me halaga una esperanza
tan dulce como ilusoria;
ya en perspectiva el temor
de un desaire me sonroja;

y si el desaire me aterra
me avergüenza la victoria.
¿Por qué he vuelto yo á Madrid,
Carolina, si esta loca
pasion no acierto á vencer,
y nunca avenirse logran
con la razon que me arredra
el instinto que te adora?—
Fuerza será...

CATUJA. (Á la puerta del foro.) ¿Es el señor
don Ramiro Sanz de Morla
á quien...

RAMIRO. Servidor de usted.

CATUJA. Gracias...

RAMIRO. Pase usted, señora.

ESCENA VIII.

D. RAMIRO. CATUJA.

CATUJA. Vengo á implorar el favor
de usted... Pero tengo miedo
de incomodar...

RAMIRO. No... ¿En qué quedo
servir á usted?

CATUJA. Mi rubor...

RAMIRO. (Qué querrá?)

CATUJA. Tengo hambre y sed
de justicia.

RAMIRO. Eso no es raro.

CATUJA. Y solicito el amparo
de usted...

RAMIRO. Bien. Siéntese usted...

CATUJA. Gracias. (Se sienta.)

RAMIRO. Y diga el asunto...

CATUJA. Ay, Dios! Yo, señor de Morla,
soy natural de Cazorla...

RAMIRO. Bien; eso...

CATUJA. Hija del difunto...

RAMIRO. Hable usted con laconismo,
le ruego, y si la cuestion
no es saber su filiacion

y su pila de bautismo...

CATUJA. Es verdad: á mi derecho
nada concede ni niega
ser yo andaluza ó gallega;
pero...

RAMIRO. Bien; vamos al hecho.

CATUJA. Ayer llegó á mis oidos
que funda usted su delicia
en administrar justicia
á los pobres desvalidos.

RAMIRO. No soy juez, sino abogado,
y no siempre me deleito...
Vaya, sobre qué es el pleito?

CATUJA. Ay! sobre un desaguisado...

RAMIRO. Cómo!

CATUJA. Yo... Infeliz mujer!...
Fuí... Me da tanta vergüenza...

RAMIRO. Preciso es que usted la venza
si nos hemos de entender.

CATUJA. Ay! sí. Pues, señor, yo fuí
doncella...

RAMIRO. (Fuí!)

CATUJA. De labor
en una casa de honor...
Miento; que en ella perdí...
Ah!... (Se cubre la cara con las manos)

RAMIRO. Entiendo.

CRTUJA. Enorme delito!
Cruel traicion!

RAMIRO. Vamos, hija,
no llore usted, ne se aflija.
Quién fué el reo?

CATUJA. El señorito.

RAMIRO. Lo de siempre. Es mucho cuento!...
Pero ese llanto...

CATUJA. Ay, señor!
Lloro su infamia y mi error,
su perjurio y mi escarmiento.
Mi resistencia fué larga,
pero aun más su obstinacion.
La ocasion hace el ladron...

RAMIRO. Sí.

CATUJA. Pues, y el diablo las carga.
RAMIRO. Ya.
CATUJA. Pero ántes, y Nemesia
la nodriza fué testigo,
juró casarse conmigo
por delante de la iglesia.—
¡Y apenas pasó un trimestre,
dejándome un corto auxilio
huyó de su domicilio!
Qué conducta tan silvestre!
RAMIRO. Y no dijo adónde fué?
CATUJA. No! Y para mayor quebranto—
otra vez me ahoga el llanto—
blanco de su mala fé
que todas las leyes huella,
ay, mísera! tal me ví,
que de la casa me fuí...
ántes que me echasen de ella.
RAMIRO. (Infeliz!...) ¡Hubo pues... vástago...
CATUJA. Ay! Sí, señor. Nueva cruz
que Dios quiso... Le dí á luz
en otro lugar..., en Sástago.
RAMIRO. Siendo madre...
CATUJA. Ay!
RAMIRO. Ese mérito
se hará en los autos valer...
CATUJA. Lo fuí!
RAMIRO. (Diantre de mujer!
Todo es en ella pretérito.)
CATUJA. Bello era como un Narciso;
péro, ay! al octavo dia
Dios le dió una alferecía
que le llevó al Paraíso.—
Viendo yo cercano el fin
de mis menguados ahorros
y sin recibir socorros
de aquel hombre aleve y ruin,
con mi luto y mi mancilla
me dirigí—suerte fiera!—
en asiento de tercera
á esta coronada villa,
donde sin soltar—qué afan!—

ya la plancha, ya la aguja,
la aperreada Catuja
gana un pedazo de pan.

RAMIRO. Bien; se entablará el litigio...

CATUJA. Eso, eso! ¡y guerra perene...

RAMIRO. Y espero... Mi nombre tiene
en el foro algun prestigio,
y si hay alguna probanza
escrita, es casi seguro...

CATUJA. Firmar no quiso el perjuro
la cédula de ordenanza;
mas si el tribunal da fe
á la nodriza de márras,
que ahora está en las Alpujarras...

RAMIRO. (Échale un galgo!) No sé...

CATUJA. Pero amén de eso, el traidor,
durante una breve ausencia,
cartas me escribió en Valencia
jurándome eterno amor.

RAMIRO. Eso no valdrá gran cosa
si sólo contienen bellas
frases...

CATUJA. Sí; que en una de ellas
me llama adorada esposa.

RAMIRO. Ah!

CATUJA. Tres cartas y un testigo...

RAMIRO. Bien; las leeré sin demora.
Démelas usted, señora.

CATUJA. Ay! no las traigo conmigo.
Como no puedo, ay de mí!
pagar los emolumentos...

RAMIRO. Eh!— Qué hago sin documentos?

CATUJA. Dudé...

RAMIRO. Quién se viene así?

CATUJA. Como un pobre siempre piensa
lo peor...

RAMIRO. Sólo por eso
merece usted...

CATUJA. Yo confieso...

RAMIRO. Que le niegue mi defensa.

CATUJA. Ay Dios!

RAMIRO. La acepto, no obstante...

CATUJA. Bendigo al Supremo Ser
que me...
RAMIRO. Y poco he de poder
ó la saco á usted triunfante.
CATUJA. Tanta dicha... Ah! yo me atonto...
yo me...
RAMIRO. Bien: quiero ver hoy
las cartas: vaya usted...
CATUJA. Voy...
RAMIRO. Y vuelva con ellas pronto.
CATUJA. Pero ántes, esta mezquina
merezca besar los piés...
(Se arrodilla y Ramiro la obliga á levantarse.)
RAMIRO. Eh! no: ni ántes ni despues...
Alce usted!...

ESCENA IX.

CATUJA. D. RAMIRO. CAROLINA.

CAROL. Ah!
RAMIRO. (Para sí.) Carolina!
CAROL. ¿Quién es...
CATUJA. Beso á usted la mano,
señorita.
CAROL. Servidora.
No conozco á usted, señora.
CATUJA. Tampoco yo á usted: es llano.
Nunca hasta ahora mi pié
tuvo el honor...
CAROL. Soy discreta...
RAMIRO. Ha venido...
CAROL. Y si es secreta
la sesion...
RAMIRO. (Sonriéndose.) Oh! sí...
CAROL. Me iré...
RAMIRO. No te vayas, ó me ofendo.
La jóven que está delante
es...
CAROL. Ya; alguna litigante...
CATUJA. Claro está.
RAMIRO. Y yo la defiendo.
CAROL. Como la ví de rodillas...

RAMIRO. Si ella tomó esa actitud,
no fué...
CATUJA. Fué por gratitud.
(Los celos la hacen cosquillas.)
RAMIRO. Constante en mi vocacion...
CAROL. Sí.
RAMIRO. Bien puedo sin pecar
á una cuitada amparar
que me pide proteccion.
CATUJA. No ha habido en mi accion sincera
estudiada escaramuza.
Porque una sea andaluza
¿ha de ser carantoñera?
CAROL. Quién dice tal cosa? oh! ¿quién...
De Cádiz ó de Granada?
CATUJA. No; nacida y bautizada
en el reino de Jaen.
CAROL. Basta. (Ya mi error advierto.)
(Á D. Ramiro.)
Chanza ha sido: no te enfades.
CATUJA. Ay! tras de mil tempestades
su caridad es mi puerto,
y si con ella me exalta,
¿es justo que se me tilde
porque suplo con lo humilde
lo que de rica me falta?
CAROL. Bien! (Á Ramiro.)
Lindamente se explica.
CATUJA. ¿Yo... ay Dios!...
CAROL. Por qué ese suspiro?
CATUJA. Lindezas!...
CAROL. ¿Sabes, Ramiro,
que es muy graciosa esta chica?
CATUJA. Quizá algun dia lo fuí,
mas ya aquel viento no sopla.
Ay! bien dice aquella copla:
«Aprended, flores de mí»...
CAROL. No mas. Ya, como él, ampara
á usted...
CATUJA. Quién?
CAROL. Mi corazon.
¿Qué mas recomendacion

que ese llanto y esa cara?

CATUJA. Madre de Dios!... Tanto agrado
me confunde y me avergüenza;
mas ya á respirar comienza
este pecho atosigado.
Dios me cerró otros caminos
y me abre el que me conviene;
el de esta casa, que tiene
ángeles por inquilinos.

CAROL. Qué opinas de ese vocablo?

RAMIRO. Que es de molde para tí...

CATUJA Muchito!

RAMIRO. Mas para mí,
no...

CATUJA. Sí tal: con los dos hablo.
¿Quién será el que no se rinda,
áun siendo de mármol frio,
á dama de tanto brio
y tan amable y tan linda?

CAROL.
RAMIRO. } (Ah!...)

CATUJA. Pues el señor de Morla,
mi buen amigo, no es barro.
¡Vaya si estará bizarro
con la muceta y la borla!

RAMIRO. Eh! basta ya... (Me atormenta.)

CATUJA. No se haga usted el candongo...
(Á Carolina.)
Lo digo porque supongo...

CAROL. Qué?

CATUJA. Que es usted su parienta.

CAROL. Su parienta!

RAMIRO. (Se me acaba
la paciencia.)

CATUJA. Pues; su esposa.

RAMIRO. (Con enfado.)
Perdone usted; no hay tal cosa.

CAROL. (Se irrita!)

RAMIRO. (Esto me faltaba!)

CATUJA. No? Bien; es cuestion de nombre.
Si hoy lo impide algun obstáculo,
mañana quizá...

CAROL. (Otro oráculo
que echa en saco roto. Qué hombre!)
CATUJA. (Á Carolina.)
Eh? Corta será la tregua,
porque novios, claro está
que lo son ustedes.
CAROL. (Ah!)
CATUJA. Eso se conoce á legua.
RAMIRO. Perdona su indiscrecion.
CAROL. (Mayor es tu impertinencia.)
RAMIRO. ¿Quién le ha dado á usted licencia
para esa pesquisicion?
Primos somos, nada mas.
CATUJA. Toma! ¡Como de esos primos
se quieren, y se hacen mimos,
y...
RAMIRO. (Está dada á Barrabás!)
CAROL. No; somos primos... á secas.
Mi novio él? Ni por asomo.
CATUJA. Creí que... Tan cerca...
CAROL. Como
si estuviese en las Batuecas.
RAMIRO. (A Carolina con ternura.)
Carolina!... (Ansias crueles
me hace pasar.)
(Á Catuja bruscamente.)
Basta ya!
CATUJA. Si...
RAMIRO. ¿Qué hace usted que no va
á traerme esos papeles?
CATUJA. Yo...
RAMIRO. Vaya sin dilacion
á lo que le tiene cuenta
y no se meta en la renta
del excusado.
CATUJA. Perdon!
(Á Carolina.)
¿Le he llamado yo tahur,
ó judío, ó cosa así
para...
RAMIRO. Aun está usted aquí?
CATUJA. Jesus!... Vaya,... abur.

CAROL. (Con bondad.)
RAMIRO. (Con despego.) } Abur.

ESCENA X.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Al fin...
CAROL. Señor don Ramiro,
muy primo mio y señor:
hoy está usted insufrible.
RAMIRO. Pues ¿en qué he faltado yo?...
CAROL. Su austera filosofía
tiene ya mas de un bemol,
y de indulgente me paso
cuando tal nombre le doy.
RAMIRO. Carolina! ..
CAROL. Con licencia
de usted, creo que un doctor...
RAMIRO. Oye...
CAROL. No está dispensado
de tener educacion.
RAMIRO. No; pero... por qué lo dices?
CAROL. Porque fastidiada estoy
de tus melindres.
RAMIRO. Melindres!
CAROL. ¿Es algun crímen feroz
suponer que casto yugo
nos haya unido á los dos?
RAMIRO. No, pero es mucha osadía...
CAROL. ¿Por qué con tanto rigor
tratar á la desdichada
que hizo tal suposicion?
RAMIRO. Muy brusco he sido con ella,
mas ¿qué quieres! Me irritó
con tantas bachillerías;—
y mi acerba reprension
te prueba que no la miro
con amor...
CAROL. Usted amor!
No es capaz una alma grande
de tanta degradacion.

RAMIRO. ¡Por Dios, no aumentes mi angustia
con tus sarcasmos! ¡Por Dios...
CAROL. Ni puede á tal arrapiezo
arrïar su pabellon
quien tan alto le mantiene
ante las damas de honor.
RAMIRO. Con cada acento disparas
un dardo á mi corazon.
CAROL. No abogo por la infeliz
que tu saña provocó,
sino por mí propia; mia,
que no de ella, es la cuestion.
¿Por qué, siendo caballero
y caballero español,
la sandez, que en mis oidos
sin escándalo sonó,
en los de usted fué blasfemia
que merece excomunion?
¿Hay en mí tan poco mérito
ó tanta arrogancia en vos,
que calificais de absurda
nuestra imaginada union?
RAMIRO. No eres justa ni conmigo
ni contigo misma, no,
dando, prima, á mi conducta
tan falsa interpretacion.
Ni hay tal arrogancia en mí
ni bajo el disco del sol
mujer más digna que tú
de lauro y admiracion;
mas yo no puedo olvidarme
de quién eres y quién soy.
CAROL. Yo, una mujer: claro está;
y tú...
RAMIRO. Yo...
CAROL. Un santo varon...
por no decir otra cosa.
RAMIRO. Un ente...—habla sin temor—
raro, insociable...
CAROL. (Muy irritada.) Oh! sí, sí.
RAMIRO. (Prefiero su indignacion
á su desprecio.) Aborréceme,

pues tanto enojo te doy.
CAROL. (Fuerza será.)
RAMIRO. Pero...
CAROL. Basta!
Qué enfadosa discusion!
RAMIRO. Me iré...
CAROL. Nadie te echa; pero...

ESCENA XI.

CAROLINA. D. RAMIRO. El MARQUÉS.

Siguen disputando Carolina y D. Ramiro sin cuidarse del nuevo interlocutor.

RAMIRO. Sí, eso será lo mejor.
CAROL. (Tal vez!)
MARQ. Bella Carolina...
(Disputan!...) Corre la voz...
CAROL. Mas si tal es tu deseo...
RAMIRO. Deseo no; obligacion.
MARQ. Vengo...
CAROL. (Al Marqués con despego.)
Eh!
MARQ. Caballero...
RAMIRO. (Como Carolina.) Bah!
CAROL. (Á Ramiro.)
Vete bendito de Dios.
MARQ. (Por qué riñen?) Con permiso...
CAROL. Eh!
RAMIRO. Bah!
MARQ. Vengo del salon...
CAROL. No queremos saber nada.
MARQ. (Qué desdeñosa está hoy!)
(Á D. Ramiro.)
Mi rival...
RAMIRO. Cállese el necio!
(Váse por la puerta de la izquierda.)
MARQ. (Á Carolina.)
Prenda!...
CAROL. Váyase el moscon!
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

Ó hay aquí gato encerrado
ó locos están los dos.
Que calle y me vaya! ¿Así
se trata á un hombre de pró?
(Haciendo sonar la campanilla y paseándose muy agitado.)
Yo les juro por mi vida...
Yo sabré...

CRIADO. (Á la puerta del foro.)
Llama el señor?

MARQ. Sí, para decir á usted
que...

CRIADO. Qué?

MARQ. (Breve pausa.) Que callo y me voy.
(Váse por el foro y detras el Criado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL. CAROLINA.

GABRIEL. Dame la enhorabuena.
Magnánima Isabel cuanto benigna,
ya de admitir se digna
mi dimision, y rota la cadena
que muy mal de mi grado
al timon me amarraba del estado,
en gozo convertida la amargura,
al lado de una prenda tan querida
en quien mi gloria estriba y mi ventura,
vuelvo á la paz del alma y de la vida.

CAROL. Ah! sea mi respuesta un tierno abrazo;
(Se abrazan.)
que yo tambien rechazo,
oh padre mio! con desden profundo
las vanas ilusiones del gran mundo.

GABRIEL. Supo apenas la crísis, tú lo has visto,
don Fulgencio, tu insigne pretendiente,
cuando, aunque de sagaz presume y listo,
se quitó de la frente
la máscara falaz que la cubria,
y cuando otra ventaja no obtuviera
de mi tan anhelada cesantía,
el feliz pensamiento aplaudiria
de haber abandonado la cartera.

CAROL. Cuando admití propicia su homenaje,

sincero en la apariencia,
me dejé fascinar, yo lo confieso,
por el falso oropel de su lenguaje;
pero á mi inexperiencia
se unió tal vez para turbarme el seso
otra razon no leve
que á declarar mi labio no se atreve.
Erré, mas dias ha que harta y muy harta,
me tenía ese histrion; ya no coarta
mi libertad, pues, como dice el vulgo,
mostró la oreja y entregó la carta,
y si le acusa usted, yo le excomulgo.
Mas, ay! en este mundo transitorio
¿quién, oh padre! al error no está sujeto?
La experiencia es gran cosa, y sin embargo,
para nadie, señor, es un secreto
que ella tambien claudica.
Si es de los tunos largo el repertorio,
tambien el de los crédulos es largo,
y usted quizá... Pero el filial respeto
no me permite...

GABRIEL. Eh?

CAROL. Yo...

GABRIEL. ¿Qué significa...

CAROL. Señor!...

GABRIEL. Hay de por medio otro farsante?

CAROL. Sí...

MARQ. (Á la puerta del foro.)
¿Permiten ustedes...

GABRIEL. Adelante.

ESCENA II.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS.

MARQ. Beso los piés á la hermosa
Carolina, á quien tributo
tierno amor. *Idem* las manos
á su digno padre augusto.

GABRIEL. Hombre! augusto...

MARQ. Es una hipérbole
con que pondero mi sumo

respeto y... ¡Gracias á Dios
que al fin se me cumple el gusto
de ver á usted! Cuatro viajes
me ha costado; este es el último;
pero si mi diligencia
no ha dado hasta ahora fruto,
no á usted, que es tan bueno, sino
á la crísis lo atribuyo.
Yo que ahora más que nunca,
cuando otros huyen el bulto,
en ser amigo de usted
mi dicha cifro y mi orgullo,
sincera adhesion le ofrezco,
aunque no es grande mi influjo;
porque yo con la política
militante no especulo
ni soy de aquellos proteos
que dicen: oros son triunfos.

GABRIEL. Le creo á usted, Marquesito,
y se lo agradezco mucho.

CAROL. (Qué ceguedad!)

MARQ. Don Fulgencio
muda ya á su nave el rumbo.

GABRIEL. Ya lo sé, y nada me importa.

MARQ. Sin embargo, porque juzgo
que no ha de pesar á ustedes
saber el chasco mayúsculo
que hoy se ha llevado, les voy
á contar en dos minutos
lo ocurrido en el Congreso.
Era gráfico preludio
el salon de conferencias
de un borrascoso tumulto.
Qué hervidero, santo Dios!...
Entre los diversos grupos
que habia, el más agitado
era el que ese hombre perjuro
pretendia dominar.
Rostrituerto y cejijunto,
manoteaba como loco,
gritaba como energúmeno,
y sacando del bolsillo

notas, diarios, opúsculos,
el tema nos anunciaba
del ataque furibundo
con que se iba á pronunciar
contra usted y sus adjuntos;
y ostentando ya fogoso
el exuberante lujo,
de ominosas invectivas
de que se hace tanto abuso,
execraba el nepotismo
y los manejos ocultos;
y allí nos hizo un potaje
indigesto y nauseabundo
de turron y sanguijuelas
y víctimas y verdugos.—
Óyese la campanilla,
se abren las puertas al público,
y se atestan las tribunas,
y se engallan los tribunos.
Á la lectura del acta
siguió un rápido murmullo,
que interrumpió don Fulgencio
pidiendo con ceño adusto
y bronca voz la palabra;
pero—cosas de este mundo!—
Se la atajó el Presidente
dando á las sesiones punto—
nunca fué su señoría
tan sabio y tan oportuno—
á solicitud del *idem*
del Ministerio difunto,
hasta que Su Majestad,
usando de su inconcurso
Real privilegio, forme
el Gabinete futuro.

GABRIEL. Ya tenía yo noticia
de eso.

MARQ. Así lo conceptúo;
mas, mensajero oficioso,
yo al deleite no renuncio
de referir el efecto
que en el tránsfuga produjo

su inesperado percance.
Pálido le vi, convulso,
atortolado... Ahí es nada!
¡Disiparse como el humo
su sueño de oro y quedársele
dentro del cuerpo el discurso!—
Y no es esto lo peor,
sino que, segun barrunto,
le va á salir la criada
respondona.

GABRIEL. Sí?

MARQ. Lo fundo
en que corre por Madrid
el agradable susurro
de que el digno Presidente
del Ministerio presunto
es usted.

GABRIEL. No sin razon
se ha propalado ese anuncio.
He podido serlo, sí;
la Reina me lo propuso
porque aprueba mi programa;
mas de tanto honor me excluyo
porque ya el poder no tiene
para mí atractivo alguno,
y porque, siendo obra mia
la crísis, creerian muchos
que desmedida ambicion
á dar tal paso me indujo,
y me llamarian Júdas
Iscariote... No! abrenuncio!
Su Majestad—Dios la guarde—
siempre de nobles impulsos
movida, ya ha confiado
á otros hombres mas robustos
la carga que de los mios
cuerdamente yo sacudo.

MARQ. Vítor! bravo! Eso es obrar
con la madurez y el pulso
de un gran filósofo, y no
de la secta de Epicuro,
sino...

CAROL. Adulacion!
MARQ. Justicia,
nada más: yo á nadie adulo.
CAROL. Lo mismo diria usted
si en vez de echarse en el surco,
papá se aferrare al mando
como á la concha el molusco.
MARQ. No tal... (Á D. Gabriel.)
¡Vaya una ocurrencia...
GABRIEL. Tiene fe en mí y no le culpo;
mas sólo al comun sentido
en esta ocasion consulto
sin pretender parecerme
á Sócrates ni á Confucio.
MARQ. Quiénes son los agraciados?
¿Está ya completo el número...
GABRIEL. (Dándole un papel.)
Sí. Aquí tiene usted la lista.
Hoy jurarán...
MARQ. (Leyendo.) «Don Raimundo»...—
Oiga! Ya le designaban...—
«El Baron de Montecurvo»...—
Pariente mio.—«Don Próspero»...—
Célebre jurisconsulto!—
«Don Jaime»...—Ya!—«Don Cipriano»...—
Bien!—«Don Luis»...—Me congratulo...—
«Don Eulogio... Don Fermin»...—
Estos dos siempre van juntos.
(Volviendo el papel á D. Gabriel.)
Buen areopago! Le apruebo.—
Y todos sin faltar uno
son del partido contrario
al que ha abrazado el obtuso
don Fulgencio. Se ha lucido!
GABRIEL. Sí por cierto, y yo presumo
que disolverán las Córtes.
MARQ. Pues si se cumple ese augurio,
no vuelve á ser diputado
á dos tirones el chusco.
CAROL. Cómo no? Él se ingeniará...
MARQ. Es cunero, y dificulto...
CAROL. Se resellará otra vez.

GABRIEL. Eso tenlo por seguro.
Hay ya sobre esa medalla
tantos lemas y dibujos,
que el más hábil numismático,
tras largos dias de estudio,
no podrá decirnos cuál
fué su primitivo cuño.—
Pero dónde está Ramiro?
CAROL. Siempre ocupado en asuntos
litigiosos...
MARQ. Con los cuales
no ganará cien escudos
al año. Bello sujeto!;
mas como ha dado en el flujo
que usted sabe, es su despacho
una especie de *refugium*
peccatorum, un...
GABRIEL. (Con severidad.) Marqués!
MARQ. No es decir que yo censuro
su cristiana vocacion...
GABRIEL. Sería usted muy injusto
si tal hiciera.
MARQ. En efecto.
Algo peca de cartujo...
CAROL. (Ah!)
MARQ. Pero...
GABRIEL. No hay corazon
más benéfico que el suyo.
MARQ. Sí.
GABRIEL. Ni carácter más digno
de...
MARQ. Sí; lo afirmo...; lo juro.
Lo que he dicho es porque creo
que no sería un absurdo,
sin olvidar á los pobres,
procurar tambien, no un lucro
odioso, sino el que baste
á redondear su peculio.
¿Cómo he de ser yo enemigo
de tan guapo mozo, y cuyo
pariente seré tan luego
como el sacrosanto yugo

me una para siempre...

CAROL. (Ay Dios!)

MARQ. ¿Á ese adorable trasunto
de todas las perfecciones?

(Asoma D. Ramiro por la puerta de la izquierda, sin ser visto, y observa.)

GABRIEL. Grato me será ese nudo,
lo sabe usted, si consiente
mi hija...

RAMIRO. (Ah!)

CAROL. Señor!...

RAMIRO. (¿Qué escucho!)

ESCENA III.

D. GABRIEL. CAROLINA. El MARQUÉS. D. RAMIRO.

CAROL. No urge tanto el casamiento...

RAMIRO. (Adelantándose.)
Permítame usted...

GABRIEL. ¿Qué miro!

RAMIRO. Yo vengo...

GABRIEL. Á qué?

MARQ. Don Ramiro!

RAMIRO. Á poner impedimento.

CAROL. (Gracias á Dios!... Ya respiro.)

GABRIEL. Hablas con formalidad?

RAMIRO. Sí, señor.

MARQ. No me someto
á tal arbitrariedad.
¿Quién le da á usted facultad
para tan extraño veto?

CAROL. (Amor!)

MARQ. Qué ley nos enjuicia?
¿Qué...

GABRIEL. ¿Es litigio lo que entablas...,
ó una chanza sin malicia...

MARQ. Sí.

RAMIRO. No!

CAROL. En nombre de quién hablas?

RAMIRO. En nombre de la justicia.
MARQ. Quién falta á ella? Yo ignoro...
GABRIEL. De la justicia!
RAMIRO. Sí tal.
CAROL. (Qué dice?...)
RAMIRO. Su nombre imploro
y el de la sana moral.
MARQ. ¿Á quién aquí se atropella,
al novio ó á la doncella?
¿Á quién, ¡voto á...
(Á D. Gabriel.) Usted perdone,
el entredicho se pone?
Es mia la tacha, ó de ella?
RAMIRO. De ella! ¿Quién, siendo dechado
de virtud, fuera tan ciego,
tan soez y deslenguado
que osara injuriarla?
MARQ. Luego
¿sobre mí viene el nublado?
RAMIRO. Sí, señor.
MARQ. Cómo!...
GABRIEL. Qué es esto?
MARQ. ¡Qué ley, ni aquí ni en Sicilia,
se opone... (Malo me he puesto!)
á que...
RAMIRO. Ese enlace funesto
deshonrara á mi familia.
MARQ. (Algo sabrá...) (Á D. Gabriel.)
Es solecismo!
GABRIEL. Él dirá...
MARQ. Calumnia infanda!
(Reniego de su bautismo.)
RAMIRO. Digo la verdad.
MARQ. Hoy mismo
entablaré la demanda...
RAMIRO. Se guardará usted muy bien
de hacerlo.
MARQ. (Me descalabra.)
¡Hum... (Dios le confunda, amén!)
GABRIEL. Por qué?
RAMIRO. Á otra dió palabra...
MARQ. ¡Palabra... Yo... ¿Cuándo... ¿Á quién...

RAMIRO. No vale hacerse de nuevas,
que no soy yo un aprendiz.
Á la mujer infeliz
que sedujo usted.
MARQ. ¿Qué pruebas
tiene usted de ese desliz?
GABRIEL. No desliz, sino delito
es ese y delito enorme.
MARQ. Bien; pero á nadie (Maldito!)
por error ó falso informe
se le cuelga un sambenito.
CAROL. (La andaluza... Es evidente.)
RAMIRO. El informe es fehaciente
y explícito.
GABRIEL. (¿Quién diria...)
RAMIRO. Y si le desmiente usía,
á sí propio se desmiente.
MARQ. (Temblando estoy.)
RAMIRO. Carta canta.
MARQ. (Tiró el diablo de la manta!)
RAMIRO. (Sacando las cartas y mostrándoselas al Marqués.)
Tres tengo aquí...
MARQ. (Me acogota.)
RAMIRO. Que usted firmó.
MARQ. (Vírgen santa,
por qué fuí yo tan idiota?)
CAROL. Ay papá!...
RAMIRO. Vea usted, vea
si son...
MARQ. (Aciaga mujer!)
RAMIRO. Quiere usted que yo las lea?
MARQ. No, señor: no es menester.
(Mi martirio le recrea.)
RAMIRO. Aquí da usted testimonio
de amor tropical...
CAROL. (Demonio!)
RAMIRO. Y habla usted—esto es mas grave—
del pactado matrimonio...
(Ap. al Marqués.)
Y de aquello que usted sabe.
(Guardando las cartas.)
Se unirán al expediente,

y si usted no reconoce
la firma, el juez competente...

MARQ. (Salgamos por la tangente
y echémoslo todo á doce.)
Blasono de solariego,
y ábrase el juicio ó no se abra,
yo nunca mi firma niego.

RAMIRO. Bien: ahora la firma, y luégo
la palabra...

MARQ. Eh! la palabra...
Algunas se dan por gresca...
No creo que cause estado
una carta novelesca.
Cuando uno está enamorado
no sabe lo que se pesca.

GABRIEL. Yo esa doctrina repruebo.

CAROL. Es de alabar su frescura.

MARQ. ¿Tan horrible es ó tan nuevo
gustar... ¿Qué incauto mancebo
no hace alguna travesura?
Ni los hombres de mi alzada
buscan en rudos barbechos
su esposa predestinada,
ni hará bien esa cuitada
en tomarlo tan á pechos.

GABRIEL. Eh! calle usted, que me irrito.

RAMIRO. Qué descaro! ¿Usted se mofa...

MARQ. Sí tal, que no vale un pito...
Pecadillos de esa estofa
se absuelven con pan bendito.

GABRIEL. (¡Bribon... Por dicha no es tarde.)

CAROL. Quien de tener hace alarde
costumbres tan relajadas,
sólo desprecios aguarde
de las mujeres honradas,
y ni en rústico barbecho
ni bajo dorado techo
es dado poner la planta,
ni alegar ningun derecho
á quien todos los quebranta.
¿Tan poco es lo que yo valgo,
que así usted me ha escarnecido

queriendo ser mi marido?
¿Qué vale llamarse hidalgo
quien su estirpe echa en olvido?
Privilegios de nobleza
no excusan una vileza;
que en las obras, no en la cuna
ni en los bienes de fortuna,
la honra está ó la bajeza.—
Ah! ya el corazon leal
me hacia ver duelo ó mengua
en consorcio tan fatal;
pero el respeto filial
puso un candado á mi lengua.

GABRIEL. De su padre amigo fiel,
creí—¡decepcion cruel
de mi fe y mi gratitud!—
que la paterna virtud
se perpetuaria en él.

MARQ. Juro al concilio de Trento
que de mi conducta aleve
me sonrojo y me arrepiento;
mas si la culpa no es leve,
mayor es el escarmiento.
Sin que judicial edicto
venga á aumentar mi conflicto,
la pretension desamparo—
ay dolor!—y me declaro
reo confeso y convicto.
Pero respecto de ustedes
no es mi culpa tan atroz.
Amor me cogió en sus redes...

RAMIRO. Á usted!

CAROL. Bah!

MARQ. Estéril mi voz
se embota en esas paredes.
No es ménos verdad por eso
que yo—conste en el proceso—
amo, adoro á Carolina,
aunque indigno me confieso
de dama tan superfina.—
Sí, señores! Sí, señora!
Sépanlo ustedes y el globo:

sólo por ella me arrobo,
y no por la pecadora
que ese hombre guarda en adobo.
Capricho fué aquel, sí tal,
pasajero, y por el cual
más la lástima que el odio
merezco; fué... un episodio,
y esta es la accion principal.

CAROL. Accion cuyo desenlace...

MARQ. Ya; es echarme, *sin enlace*,
por la puerta de los carros
y castigar mis desbarros
con un *requiescat in pace*.

GABRIEL. (Riéndose y lo mismo Carolina y D. Ramiro.)
No... Pasma su desenfado.

RAMIRO. Sí, es donoso.

CAROL. En sumo grado.
¿Cómo no ser indulgente,
papá, con un delincuente
que hace reir al juzgado?

MARQ. Ah! sí; de almas tan humanas
no en vano mi gracia impetre.
Con intenciones muy sanas
yo acá para mi caletre
hacía cuentas galanas.
Fiaba en que la aventura
tarde ó nunca se sabria,
fiaba en mi jerarquía
y en que al fin amar me haria
con prodigios de ternura;
y como aquella trastada,
excusable en un marqués,
ántes se hizo, no despues,
decia yo: agua pasada
no muele, *et cœtera*.

CAROL. Pues!

MARQ. Me engañó mi presuncion,
y de ella me reconvengo
yo propio, y en conclusion,
digo á ustedes que no tengo
todo lo de Salomon.

RAMIRO. Si le falta á usted su ciencia,

en cambio tiene una ganga,
quizá de más conveniencia...

MARQ. Cuál?

RAMIRO. Ser tan ancho de manga
para su propia conciencia.

MARQ. Pche!...

RAMIRO. Pero aunque yo propendo
á la indulgencia tambien,
sepa usted que no la extiendo
á abandonar con desden
á los pobres que defiendo.

MARQ. (Ya vuelve á buscarme el bulto
el tenaz jurisconsulto.)

RAMIRO. Tambien yo, en lo que usted llama
accion principal del drama,
le compadezco y le indulto;
pero si la broma sigo,
porque sería cruel
dar á usted otro castigo,
lo del episodio aquel
no es cosa de risa, amigo.

MARQ. Dale! Á todo trance quiere
cargarme... Esa sí que es ganga!

RAMIRO. La pobre mujer...

MARQ. Que espere!
¿Sé yo si vive ó si muere
y si está aquí, ó en Berlanga?

RAMIRO. Vive, y llora...

MARQ. Llore ó ruja,
no guardo mi blanca mano
para semejante bruja.

RAMIRO. Yo...

MARQ. (Yéndose.) Abur!

CATUJA. (Saliendo de pronto por la puerta de la izquierda y asiéndole de un brazo.)
Alto aquí, villano!

CAROL. Bien decia yo...

MARQ. Catuja!...

ESCENA IV.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. RAMIRO. El MARQUÉS. CATUJA.

CATUJA. Infiel! traidor!...
MARQ. Allí estabas!
CATUJA. Y harta ha sido mi paciencia
en oirte hablar de mí
con tan brutal desvergüenza,
y no salir ántes, pícaro!
á arrancarte las orejas.
MARQ. Es muy amable; eso sí!
CATUJA. ¿Cómo quieres que lo sea
cuando....
MARQ. (Á D. Ramiro.) Agradezco á usted mucho
esta agradable sorpresa.
RAMIRO. No la he preparado yo,
sino...
MARQ. Quién?
RAMIRO. La Providencia.
MARQ. Suelta! sin la voluntad,
es inútil que me prendas
el brazo.
CATUJA. No te irás, no,
sin cumplirme tu promesa.
RAMIRO. Suéltele usted en buen hora,
pues sin usar de violencia
ni de coaccion, sin duda
se vendrá el señor á buenas.
(Suelta Catuja al Marqués.)
MARQ. Me vendré ó no me vendré;
que á mí no se me maneja
como á un niño.
GABRIEL. Con la honra
de una mujer no se juega,
y habiendo usted seducido
á esa...
MARQ. Dónde está la prueba?
Mis descargos se oirán
donde se oiga su querella.

Quién ha seducido á quien?
Difícil es el problama.

CAROL. (Aparte á D. Ramiro.)
Puede que tenga razon.
¿Por qué no pudo ser ella
la que...

CATUJA. (Llorando.) Seducirte yo!
¿Cómo... Ay! demasiado crédula..

MARQ. Cómo dices? Con tu cara,...
que era entónces pasadera;
con tus ojos; con los dengues
en que todas sois maestras;...
¿qué sé yo!.. Con esa misma
credulidad zalamera,
velo de loca ambicion
y de pretensiones necias.
¿Por dónde podias tú
esperar, soñar siquiera
ser esposa de un marqués
que desciende en línea recta...

CATUJA. Bah! ¿Y por dónde creyó usía
que sus ruegos me vencieran
á no haberme prometido
la bendicion de la iglesia?
Aun esto, yo lo confieso,
no disculpa mi flaqueza;
pero ¿por qué en este siglo
de luces, no de tinieblas;
de igualdad y de progreso,
no de señores y siervas;
por qué no pudo, sin nota
de impertinente y soberbia,
el deseo de ser título
trastornamente la chabeta?
Vaya! Siendo, como soy,
bien nacida y nada lerda,
no es cosa del otro juéves
que aspire yo á ser marquesa
cuando peores bodorrios
se están haciendo á docenas.

RAMIRO. (Ap. á Carolina.)
Otro caso fulminante

de la enfermedad que reina.

MARQ. Que se hagan! Yo no soy voto
de reata, y harta pena
es perder una deidad
sin cargar con una pécora.

CATUJA. ¿Yo pécora, santo Dios!

MARQ. Una cosa es que uno tenga,
por distraccion, amorcillos
con mozas de baja esfera,
y otra...

CATUJA. Perro! ¿Distraccion
llama usted...

MARQ. Y otra...

CATUJA. Alma negra!

MARQ. Pagarla tan cara. No!
Primero iria á galeras.

RAMIRO. La promesa, escrita está;
probado hasta la evidencia
el perjurio, y esta pobre
de grado obtendrá ó por fuerza
la justa reparacion
que exige.

MARQ. Bien; si pleitea,
pleitearé y veremos...

RAMIRO. Bien!

MARQ. Y se morirá de vieja,
se lo juro, ántes que yo...

GABRIEL. Demos fin á esta contienda.
El pleito puede excusarse
si obra el Marqués con nobleza...

CAROL Si hará.

GABRIEL. Y transige...

MARQ. Casándome?
Apelo de la sentencia.

RAMIRO. Ó por lo ménos dotándola
con lo que el código reza.

MARQ. Bien... (Cruel alternativa!)
Yo consultaré—no hay priesa—
con la almohada...

CATUJA. ¿Por qué
no dices con la conciencia?

MARQ. (Exasperado.)

Mujer!...

CATUJA. Porque no la tienes.

MARQ. Catuja!

CATUJA. (Llorando.) Si la tuvieras,
no con oro, con tu mano
pagarias una deuda
tan sagrada; pero, oh Dios!
ni mis lágrimas acerbas,
ni la voz, ay! ya diminta,
con que la naturaleza
te grita...

MARQ. ¡Voto á... Suspende
tu sentimental arenga.

CATUJA. Hombre sin fe! Yo...

MARQ. (Á D. Ramiro.) Haga usted
de mí todo lo que quiera...;
se entiende, ménos..., con tal
de que yo no oiga ni vea
en los dias de mi vida
á esa fatal hija de Eva.

CATUJA. Tente!...

MARQ. (Con cómico despecho.)
Adios!

ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL. CATUJA

CATUJA. Se va! Se ha ido!
(Como amagada de un desmayo.)
Ay!... las rodillas me tiemblan...
Los ojos... Téngame usted...

RAMIRO. (Ahora una pataleta?)
Voto á brios! No se desmaye
usted: la ley se lo veda.

CATUJA. (Con candor.)
Obedezco.

GABRIEL. (Ap. con D. Ramiro á Carolina.)
Es maula.

RAMIRO. Harian
ella y él linda pareja.

CAROL. (Á D. Ramiro, parodiando á Catuja.)

«Porque una sea andaluza
¿ha de ser carantoñera?»

GABRIEL. Ánimo y conformidad,
Catuja. Si se desdeña
de contraer matrimonio
con usted un calavera,
por ello más que de pésame
está usted de enhorabuena.
Mal lo pasaria usted
si contra viento y marea
de semejante marido
se proveyese, y más cuenta
le ha de tener resignarse
á soltería perpetua.

CATUJA. Ay, sí señor!; que no en vano
dice el refran: cada oveja...

GABRIEL. Sí.

CATUJA. Y como, al cabo y al fin,
siempre se rompe la cuerda
por lo más delgado...

CAROL. Pues.

CATUJA. Y otro adagio nos enseña
que quien nació para ochavo
nunca llegará á peseta,
¿qué he de hacer sino...

GABRIEL. Hay tambien
otro refran que consuela...

CATUJA. Cuál?

GABRIEL. Los duelos...

CATUJA. Sí, con pan
son ménos.—Pues bien, si suelta
aquel foragido el dote
á que la ley le condena,
entónces...

GABRIEL. Le cobrará
usted...

CATUJA. Sí?

GABRIEL. Sí, á toca teja:
palabra de honor.

CATUJA. Si usted
responde de la solvencia...

GABRIEL. Algo más que eso: el dinero

no saldrá de su gaveta,
sino de la mia.

CAROL. (Tomando afectuosamente la mano de su padre.)
Ah! Bien!

RAMIRO. (Haciendo lo mismo.)
Bravo!

GABRIEL. Así me lo aconsejan
mi caridad por un lado
y por otro su pobreza;
así la grata memoria
honraré de don Estéban
su ilustre padre, a quien Dios
haya dado gloria eterna;
así en fin excusará
poner su cara en vergüenza
esta infeliz.

CATUJA. ¡Oh infinita
bondad!
(Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo D. Gabriel.)
Besaré la tierra
que pisa mi bienhechor...

GABRIEL. No!

CATUJA. Sí.

GABRIEL. Nada de pamemas!

CATUJA. (Á Carolina.)
Vuelvo á afirmar, señorita,
que es esta casa vivienda
de ángeles. Ah! yo bendigo
agradecida la estrella
que aquí me trajo. Oh ventura!
Sin humillar mi cabeza
á un mal caballero, indigno
de mí, saldré de miseria.
(Á D. Gabriel.)
Bien dice usted, ciudadano:
pundonor, delicadeza
sobre todo: este es mi norte;
esta...

GABRIEL. No mas...

CATUJA. Con licencia
de ustedes... Ah! ofrece á ustedes
Catuja la costurera

su fina amistad...

CAROL. Bien.

GABRIEL. Basta...

RAMIRO. Abur...

CATUJA. Y una pobre celda,
calle del Humilladero...
(Sacando una tarjeta y dejándola sobre un velador.)
Aquí dejo la tarjeta.—
Número...

CAROL. No es necesario...

CATUJA. Sotabanco de la izquierda.

ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

CAROL. Gracias á Dios que se fué!

GABRIEL. Sí, y sin ella, y sin el plepa
del Marqués, y sin el otro
fantasmon, y sin cartera
sobre todo, ¡qué tranquila
será de hoy más, qué halagüeña
la vida que...

CRIADO. (Á la puerta del foro.)
Un oficial
del Ministerio de Hacienda...

CAROL. ¡Otra vez...

GABRIEL. No! Dios me libre.—
Á mi despacho. (Váse el criado.)
No temas.
Le mandé que me trajera
á firmar...; cosas resueltas
dias ha y de puro trámite.
Amo y venero á mi Reina,
pero ¿mando? Una y no mas!
Compadezco á quien le hereda.

ESCENA VII.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Tronaron tus pretendientes.
Yo te felicito, prima.
CAROL. Sí?
RAMIRO. Sí. Verte daba grima
sitiada por tales entes.
CAROL. Sí, ya puedo á mi albedrío
mejorarme, y de esta gracia
soy deudora á la eficacia
de tu celo, primo mio.
RAMIRO. No me des á mí la palma:
Dios...
CAROL. Bien; Dios todo lo hace;—
mas tan feliz desenlace
¿no es grato tambien á tu alma?
RAMIRO. Sí, que tu felicidad
prefiero á la mia. (¡Ay Dios!)
CAROL. Bien; pero... ¿hay entre las dos
incompatibilidad?
RAMIRO. Sí.—No!—Perdona, divina
mujer, si mal de mi grado...
¿Cómo ser yo desgraciado
siendo feliz Carolina?
CAROL. Yo feliz!... Mayor zozobra
es la que ahora me asalta.
Yo feliz! Mucho me falta
para eso.
RAMIRO. Ó mucho te sobra.
CAROL. Qué?
RAMIRO. Nada.
CAROL. Esa reticencia
me hace reir... y llorar.
Qué me puede á mi sobrar?
Dilo: acaba.
RAMIRO. Mi presencia.
CAROL. Jesus!... ¿Otra vez (Me quemo!)
esa manía te acosa?
RAMIRO. Dios lo quiere.

CAROL. Eh! no hay tal cosa.
RAMIRO. Y es justo...
CAROL. Eres un blasfemo.
RAMIRO. No, prima...
CAROL. Sí una y mil veces.
Á ménos que de este asilo
el odio te aleje... Dilo
sin reparo: me aborreces?
RAMIRO. Yo aborrecerte! Al contrario:
te amo con idolatría.
CAROL. (Ah! por fin...) Ya lo sabía.
RAMIRO. Perdon! Soy un temerario.
CAROL. (Riéndose.) Tú!
RAMIRO. Te ries!
CAROL. No...
RAMIRO. Te escamas!...
Ya mi imprudencia maldigo.
CAROL. Pues yo no.
RAMIRO. Enterrar conmigo
debí mi secreto.
CAROL. Me amas!
Y amándome huyes de mí!
RAMIRO. Sí.
CAROL. Pero ¡acaso es ruindad
quererme?
RAMIRO. Es temeridad;
ya lo he dicho.
CAROL. Por qué?
RAMIRO. Sí,
porque, á no perder la cholla,
no sube tanto de punto
la ambicion del que es, por junto,
letrado de misa y olla.
Ah! no: á morir me sentencio
ántes que á vil interés
se achaque mi odio al Marqués
y al ínclito don Fulgencio.
CAROL. Hombre de Dios! ¿Ahora sales
con eso? ¿Tanto exageras
tu humildad? ¿No consideras
lo que ellos son y tú vales?
Ah Ramiro! Dí mas bien,

y perdonártelo puedo,
que te enmudecia el miedo
de provocar mi desden.—
Pero... si te amase yo...
(Salgamos ya de este potro!)

RAMIRO. (Sobresaltado.) Peor es esto que lo otro.
¡Adios...

CAROL. (Para sí.) Vírgen de la O!,
qué hombre es este?
(Cerrando la puerta del foro, á la cual se dirigia don Ramiro.)
Eh! no se vaya
el taimado, el... No se irá.
No faltaba más!—Papá!...

RAMIRO. Yo...

CAROL. Esto pasa de la raya.—
Yo te juro por mi nombre...
Papá!—Esto es ya ser grosero...

ESCENA VIII.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

GABRIEL. Llamas?

CAROL. Sí.

GABRIEL. Qué quieres?

CAROL. Quiero...
que me prenda usted á ese hombre.

GABRIEL. Por que? Por alguua riña
pueril.

CAROL. Por una maldad.

GABRIEL. Pero ¿con qué autoridad?

CAROL. Con la de ministro.

GABRIEL. Niña!

CAROL. Sí, sí.

GABRIEL. ¡Un ministro prender
como aguacil!... Cosa extraña!

CAROL. Un ministro hace en España
todo lo que quiere hacer.

GABRIEL. No, hija mia.—Mas si ya
no lo soy, ¿cómo pretende
tu antojo...

CAROL. Bah! se le prende
con fecha de ayer, papá.
GABRIEL. (Á D. Ramiro.)
Hable usted, caballerito.
¿Qué ha habido aquí...
RAMIRO. (Muy turbado.) Yo... señor...
Si...
GABRIEL. Tiemblas!
CAROL. Ese temblor
denuncia su atroz delito.
GABRIEL. ¡Delito un hombre tan probo,
tan...
CAROL. No hay que fiarse de él;
que tambien suele con piel
de oveja vestirse el lobo.
GABRIEL. Lobo tú!
CAROL. Y leopardo, y grifo.
GABRIEL. De qué eres reo?
CAROL. De amor.
GABRIEL. Á tí?
CAROL. Sí, se... No, señor!
GABRIEL. No entiendo ese logogrifo.
CAROL. Ni yo.
GABRIEL. Sí y no... Me confundo.
CAROL. Me ama, y huye de mi casa!
GABRIEL. Sí?
CAROL. Sí. Lo que á mí me pasa
no tiene ejemplo en el mundo.
GABRIEL. Qué dices tú á eso?
RAMIRO. Nada.
CAROL. Yo hablaré, pues fuerza es.
Va á verse aquí entre los tres
un pleito á puerta cerrada.—
Usted, juez.
GABRIEL. No soy togado.
CAROL. No le hace.
GABRIEL. La acusadora
serás tú.
CAROL. Es claro.
GABRIEL. En buen hora;
y Ramiro tu abogado.
CAROL. Qué absurdo! ¿Cómo...

GABRIEL. Ya veo...
CAROL. Él sólo á pobres defiende;
yo no soy pobre, y por ende...
GABRIEL. Sí; olvidaba... Él es el reo.
CAROL. Aunque es de ciencia un abismo,
no la he menester, papá.
GABRIEL. Tanto mejor.
CAROL. Y harto hará
en defenderse á sí mismo.
Y nadie de esto se asombre;
que su instinto seguirá,
porque *hombre pobre*, quizá
no lo es; pero es un *pobre hombre*.
GABRIEL. Comienza ya tu alegato.
CAROL. Lo haré pues sin ceremonia,
ya que es tal la... parsimonia
de ese doctor timorato.
GABRIEL. Bien.
CAROL. Óigame usted, señor...
GABRIEL. Sí.
CAROL. Con la benevolencia
de un padre y con la indulgencia
piadosa de un confesor.
GABRIEL. Sí, Carolina, sí; pero
esta segunda alcaldada...
¿Ahora quieres que invada
la jurisdiccion del clero!
CAROL. En suma, estamos los dos
uno del otro prendados,
ciegamente enamorados...
GABRIEL. Sí? Loado sea Dios!
CAROL. Pero él es tan recoleto,
que no se daba á partido,
y con pinzas he tenido
que arrancarle su secreto;
y despues que logra ufano
á dos rivales vencer,
me desahucia á mí! Esto es ser
el perro del hortelano.
RAMIRO. Rectificaré.
CAROL. Al fin hablas!
RAMIRO. Con placer, con regodeo

á sus dos galanes veo
retirados de las tablas;
no por mi propio interés,
aunque es verdad que la adoro,
sino porque á su decoro
cumple olvidar á los tres.
Yo que culpé con justicia,
mas sin segunda intencion,
de uno la ciega ambicion,
de otro la torpe codicia,
¿cómo pudiera, hombre oscuro,
sin sospecha de egoismo,
dar por bueno en mí lo mismo
que en ellos odio y censuro?

GABRIEL. ¿Temes—tu temor denigro—
que de tí se rian...

CAROL. Sí.

GABRIEL. No eres tú tan baladí
que corras ese peligro.

CAROL. Ser ridículo, á fé mia,
es un estigma cruel;
mas tambien se incurre en él
por temerle en demasía.
El hombre pundonoroso
nunca caerá en menosprecio
por satirizarle un necio
ó morderle un envidioso.
Yo tales juicios condeno,
y aunque no soy leguleya,
ni fuí con prosopopeya
doctorada á claustro pleno,
probaré de varios modos,
en un luminoso artículo,
que es tal vez el más ridículo
quien pone mazas á todos,
y aunque la frivolidad
tanto abusa de ese nombre,
siempre está en manos de un hombre
tener honra y dignidad.

RAMIRO. Tienes razon...

CAROL. Pero á tí
no hay ninguna que te cuadre.—

Desherédeme usted, padre;
á ver si me quiere así.

RAMIRO. Eso no!...

GABRIEL. Silencio!

RAMIRO. Callo.

GABRIEL. Visto lo que cada cuál
ha alegado, bien ó mal,
resumo el debate, y fallo.—
Visto que el título infama
de caballero el amante
que, esquivo y recalcitrante,
vota en contra de su dama;
y que, pues un rico dote
nunca fué tacha legal,
si álguien le escupe, ese tal
es tonto de capirote:
considerando que no es
de ahora mostrar Ramiro
en su modesto retiro
ejemplar desinterés;
y por fin, considerando
que debe ser tu marido,
pues él para tí ha nacido,
para él tú; ordeno y mando
que acabemos de una vez
y santo vínculo os ate;—
y por si hago un disparate,
condeno en costas... al juez.

RAMIRO. Tío amado! Ya prescindo
de mi necia cobardía
y de una filosofía
que no es de moda. Me rindo.
¿Y cómo no, si esos ojos
harian pecar á un santo?
Sí, mi vida; sí, mi encanto.
(Alargando su mano en demanda de la de Carolina)
Dame...

CAROL. Pídela de hinojos.

RAMIRO. Sí, á tus piés me precipito. (Lo hace.)

CAROL. Aunque el triunfo es lisonjero,
¡harto le he sudado...

RAMIRO. Ah!

CAROL. Pero
á buen bocado buen grito.
RAMIRO. Buen bocado yo, alma mia?
¡Tú sí...
CAROL. Levanta! (Le alza con sus dos manos.)
Me quieres?
RAMIRO. Con delirio.—¡Tú sí que eres
néctar, maná y ambrosía!
CAROL. Nada perderán á fe,
tus pobres, porque de hoy más...
RAMIRO. Qué?
CAROL. Tú los defenderás
y yo los socorreré.
GABRIEL. No os congratulais conmigo?
CAROL. }
RAMIRO. } Sí! (Corren á los brazos de D. Gabriel.)
GABRIEL. Precursor de otro lazo
mas dulce sea este abrazo.
CAROL. Papá!
RAMIRO. Señor!
GABRIEL. Yo os bendigo.
CAROL. Y tras de esa bendicion,
nos dará su visto-bueno
todo aquel en cuyo seno
lata un noble corazon.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 24 de Diciembre de 1865.

El censor de teatros.
NARCISO S. SERRA.

Maria
n 1818.
vista de pájaro
re hojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
nido.
contra nobleza.
do oro lo que reluce.

o de enmienda.
rio revuelto.
y por él.
ridas las de honor, ó el
avio del Cid.
nerta del jardin.
caballero es D. Dinero.
veniales.
y catigo, ó la conquis-
Ronda.

nvido al Coronel!...
nucho abarca.
erte la mia!
es el autor?

¿Quièn es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y martir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Fiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitancia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
e buena ley.
nas feo.

na la Gitana.
y Marte.
Flora.

nando.
nriquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
r.

iller.
rino.
yo de una ópera.
sero y la maja.
o del hortelano.
ta y en Marruecos.
en la ratonera.
no mono.
s de carnaval.
rio (drama lírico.)
illon de la Rioja (*Música*)
nde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.